

LA REVOLUCIÓN DE LA GRACIA Y LA VERDAD



RODOLFO ARNEDO
OSVALDO REBOLLEDA

LA REVOLUCIÓN DE LA GRACIA Y LA VERDAD



RODOLFO ARNEDO
OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
Con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

rolex1861@gmail.com

rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno: <i>Rodolfo Arnedo</i>	
Mi experiencia con la Gracia.....	10
Capítulo dos: <i>Oswaldo Rebolleda</i>	
Mi experiencia con la Gracia.....	21
Capítulo tres: <i>Rodolfo Arnedo</i>	
La gracia como fuente de salvación y abundancia.....	33
Capítulo cuatro: <i>Oswaldo Rebolleda</i>	
La gracia como resultado de la soberanía divina.....	44
Capítulo cinco: <i>Rodolfo Arnedo</i>	
La funcionalidad de la Ley.....	60
Capítulo seis: <i>Oswaldo Rebolleda</i>	
Los que adulteran la verdad para ocultar la gracia.....	74

Capítulo siete: *Rodolfo Arnedo*

La religión: Bendición o atadura.....93

Capítulo ocho: *Oswaldo Rebolleda*

Gracia injusta e inaceptable para muchos.....110

Reconocimientos.....126

Sobre los autores.....129

INTRODUCCIÓN

“La gracia no equivale a tratar a una persona de acuerdo a sus méritos, o mejor de lo que merece, equivale al trato misericordioso sin la más mínima referencia a sus merecimientos.”

Reverendo **Lewis Sperry Chafer**

Decidimos unirnos en la creación de este libro porque el gran tema de la gracia, junto con la vida del Nuevo Pacto, son temas que hemos abordado con frecuencia en nuestras conversaciones y enseñanzas individuales. Nos regocijamos en las virtudes y las profundidades de la gracia, al tiempo que nos asombra la restricción que muchos ministros intentan imponer a la gracia divina.

No porque alguien en esta tierra pueda realmente limitar la gracia, pues esta trasciende las intenciones humanas, sino porque observamos que muchos intentan restringirla en sus enseñanzas. Creemos que, en la mayoría de los casos, esto ocurre por falta de comprensión; pero también reconocemos que, en algunos casos, se hace para presionar y comprometer la consciencia de los creyentes.

Estamos convencidos de que este libro puede contribuir a una mejor comprensión de la fe y desafiar a aquellos que intentan restringir la gracia en sus enseñanzas. Consideramos que la gracia es el tesoro más glorioso que

podemos recibir de Dios, y en esta etapa de nuestras vidas, no estamos dispuestos a negociar nuestra convicción ni a silenciar nuestra voz para no ofender a ningún colega.

Queremos aclarar que la ofensa y la hostilidad no forman parte de nuestras herramientas ministeriales. Sin embargo, si en algún momento provocamos tales sentimientos, ofrecemos como bálsamo un consejo espiritual: “Seamos tolerantes y humildes ante toda enseñanza, meditemos en cada palabra sin arrebatos de rechazo, y expongamos todo a la consideración del Espíritu Santo, nuestro único maestro”.

Aquellos que no han experimentado la regeneración soberana enfrentan limitaciones en su razonamiento al evaluar temas espirituales. Lamentablemente, la falta de luz no les permite entender más allá de lo que pueden concebir. Por ejemplo, les resulta incomprensible que el Señor justifique al impío y perdone a algunos pecadores perversos, mientras que personas que parecen buenas puedan caer en condenación.

Es inaceptable para ellos que quienes fueron relativamente buenos, tanto para sus familias como para la sociedad, puedan ser condenados. A la vez, rechazan la idea de que un asesino pueda confesar públicamente su perdón y salvación. Para ellos, esto no tiene lógica y es inaceptable si se pretende considerar a Dios como santo y bueno.

La cultura popular sostiene que la salvación es para los buenos y que la gracia de Dios debe ser concedida a los justos, no a los malos. Además, existe una tendencia a medir las recompensas de la vida bajo estos mismos parámetros; por eso, cuando una persona considerada buena enfrenta adversidades, su entorno cuestiona a Dios.

Cuando muere una persona respetable o un niño, las personas cuestionan la existencia o la acción de Dios. También se preguntan por qué no mueren los malos, los ladrones, los asesinos o los perversos de este mundo. Aunque estos razonamientos parecen lógicos, la revelación de la gracia trastoca nuestras percepciones y nos ofrece una nueva perspectiva.

El problema surge cuando un cristiano, después de experimentar la gracia, sigue pensando que ser bueno garantiza recompensas en la vida y que no hacer las cosas bien descalifica para recibir bonanza. Esto se debe al concepto erróneo de que todo vuelve. Sin embargo, esto no aplica a la salvación ni a una vida nueva.

La gracia es tan maravillosa que puede ser malinterpretada, y no la alcanzamos por decisión humana, sino por revelación divina. En otras palabras, la gracia no es algo que elegimos; simplemente nos alcanza por la voluntad divina, y por eso puede parecer tan injusta para quienes la analizan desde una perspectiva meramente racional. Es lógico que quienes no conocen la gracia no la entiendan, pero

no es aceptable que los hijos de Dios no comprendan su alcance y beneficios.

Por lo tanto, estamos convencidos de que este libro enriquecerá la vida espiritual de todos los hermanos que dediquen tiempo de calidad a su lectura. La gracia es profunda y maravillosa; ¿quién podrá comprender sus profundidades sin una meditación responsable? La gracia es infinita, eterna e incommovible, tal como el apóstol Juan dijo que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y verdad (**Juan 1:14**).

Creemos que la revelación de Cristo produce una verdadera revolución de gracia y verdad. Confiamos en ver esta plenitud en la Iglesia de nuestros tiempos. Lo creemos y lo anhelamos, porque no solo servimos a Jesucristo, sino también a nuestra generación, y estamos persuadidos de que si la Iglesia recibe una revelación plena de la gracia, ampliará su compromiso, su santidad y su adoración.

Asimismo, creemos que este cambio de actitud en la Iglesia no solo es necesario para honrar a nuestro Señor, sino también para impactar a la sociedad como deberíamos. Esto es especialmente relevante ante los tiempos difíciles que se avecinan.

El avance de las tinieblas está profetizado, pero también lo está la permanencia y trascendencia de una Iglesia gloriosa. Sin duda, las tinieblas pueden detener a personas religiosas, por más voluntariosas que sean, pero ni el poder

del infierno puede frenar el avance de la gracia cuando esta es proclamada por una Iglesia que la vive verdaderamente.

“La prueba de la madurez espiritual no es que tan “puros” somos, sino que tan conscientes estamos de nuestra impureza. Esta toma de conciencia abre la puerta a la Gracia de Dios.”

Autor: **Philip Yancey**

Capítulo uno

MI EXPERIENCIA CON LA GRACIA

Rodolfo Arnedo

“Sin embargo, es tal tu compasión que no nos destruiste ni abandonaste, porque eres Dios clemente y compasivo”.

Nehemías 9:31

Mis padres eran amantes. Cuando nací, mi madre murió en el parto, y mi padre tuvo que abandonarme debido a que tenía otra familia. Fui criado por unos tíos, quienes, a pesar de ser ancianos y de escasos recursos, me dieron todo el amor del mundo. Sin embargo, mi infancia estuvo marcada por muchas carencias.

A la edad de 29 años, atravesé una crisis de identidad muy fuerte. Necesitaba encontrar sentido a mi vacío existencial, que me llenaba de frustración, amargura y desolación. Paradójicamente, gozaba de una buena posición económica; había logrado ascender en el mundo de los negocios y era gerente de una empresa. Aunque esto me proporcionaba cierta satisfacción y mejoraba mi autoestima,

que estaba muy deteriorada, no lograba llenar el vacío que sentía.

Comencé a buscar respuestas en las cosas de Dios, no solo porque mi mundo personal se desmoronaba, sino porque mi familia también sufría las consecuencias de mi conducta inestable y escurridiza. Al mismo tiempo, me recomendaron ver a una psicóloga, y comencé una terapia individual y de grupo. Aun así, ni la iglesia ni la psicología lograban estabilizar mi mundo interior. Ni la religión ni la psicología me ofrecían una salida al vacío en mi corazón, que intentaba llenar con cosas pasajeras y superficiales. Eran gratificaciones inmediatas, de apariencias y estatus, buscando aceptación, aprobación y reconocimiento.

Me había vuelto una persona hiperactiva; todo se medía en términos de resultados, competencia, comparación, logros y metas. Siempre acelerado, siempre exigiéndome más, siempre haciendo más cosas, siempre agotado, frustrado y aparentando, sin encontrar un camino que me llevara a algún lugar. Por dentro, seguía siendo un niño pequeño, necesitado de afecto y amor.

En una oportunidad, la psicóloga, sabiendo que asistía a una iglesia sin estar convertido, me dijo: "Rodolfo, usted es como Dios, está en todas partes, pero nadie lo puede ver". Se refería a mi hiperactividad y a mi constante escapismo. En realidad, escapaba de Dios y de mí mismo, y por eso vivía en la hiperactividad. Inconscientemente, no quería estar conmigo mismo ni con Dios, aunque no lo reconocía. A

menudo, me escondía en actividades religiosas para ocultar la procesión interna que llevaba.

En la iglesia a la que asistía, comencé a "activar" para buscar la aprobación de Dios y de los líderes, también para obtener reconocimiento y calmar mi conciencia, porque llevaba una doble vida. No lograba ser un buen cristiano ni un buen pecador. Iba a la iglesia lleno de culpa y pecaba con mucha culpa.

Entre tantas dudas y conflictos, empecé a dudar de Dios y de su Palabra. Intentaba hacer obrar la Palabra en mi vida con mi propio conocimiento y esfuerzo, siempre controlando todo. Mi "yo" era el protagonista de cualquier cosa que ocurriera en mi vida. Si algo iba a pasar, era por mi esfuerzo, capacidad, determinación y activismo. En lugar de humillarme y dejar que la Palabra obrara en mí y en mi fe distorsionada, que no era más que presunción y estimulación del ego, pretendía que se produjera el milagro de mi sanidad interior y que Dios me usara para ayudar a otros.

Tenía muchos problemas con mi mundo interior, pero no encontraba la causa. Pensaba que los problemas eran externos o causados por los demás. Creía que si las personas a mí alrededor cambiaban y hacían las cosas como yo entendía, tendría paz y mi crisis de identidad se sanaría.

Cada mensaje que oía me hacía preguntarme por qué el pastor solo hablaba de mí. Incluso cuando abría la Biblia,

todo me confrontaba directamente. Sentía que todo el mundo se metía conmigo y no me dejaban en paz.

Solo estaba seguro de una cosa: debía cambiar. Ya había intentado hacerlo a mi manera, y no había funcionado. No tenía idea de que la gracia de Dios era la que obraba de manera perfecta para que yo hiciera los cambios necesarios.

No sabía cómo abandonar mis propios esfuerzos y dejar que la gracia del Señor, a través del Espíritu Santo, obrara los cambios que tanto anhelaba. No confiaba en que la batalla era del Señor; quería pelearla con mis propias fuerzas. Menos mal que no lo logré, porque de lo contrario, habría sido un religioso soberbio, reprimido y juzgador.

Inconscientemente, quería tener todo controlado para no sentirme inseguro. No había entrado en el reposo del Señor (**Hebreos 4:10**). No entendía que debía soltar todo en manos del Señor y confiar en que Él haría la obra sanadora a través de su gracia. También debía sanar mi exceso de desconfianza e inseguridad. Eran muchas cosas, algunas muy profundas y dañinas, que no solo me afectaban a mí, sino también a quienes me rodeaban.

Quería cambiar y enseñar a vivir a todos como yo entendía, aunque yo mismo no vivía conforme a la Palabra. Fue un caos para mi esposa, mis hijas y la gente a mi cargo. Todos debían cambiar, menos yo. Todos estaban mal, menos yo. Todos estaban equivocados, menos yo.

Intenté muchas veces hasta que quedé extenuado. Toqué fondo y no veía salida alguna. Mi ego me traicionaba, mi corazón estaba deteriorado y las heridas de mi infancia me pasaban factura constantemente. No me daba cuenta de que mi orgullo y el operar bajo la ley me llenaban de desánimo, confusión y frustración. Todo se trataba de mí y de lo que yo podía hacer.

Todos mis esfuerzos, determinaciones y perfeccionismo me llevaban directamente a la condenación de la ley. Era un perfecto fariseo legalista, siempre chocando con una ley imposible de cumplir. Siempre viendo la paja en el ojo ajeno y nunca la viga en el mío. Cada paso que daba me enfrentaba con la ley, pretendiendo superarla con esfuerzo humano. Cada vez me hundía más en el mundo de las apariencias e hipocresía religiosa, o quería soltar todo porque me parecía imposible vivir con tantas demandas y mandamientos difíciles de cumplir.

Cuando creía haber logrado la aprobación y aceptación por cumplir con todos los requisitos de la ley y el buen comportamiento, era como si el Señor me dijera, como al joven rico: "Aún te falta una cosa". Y otra vez el derrumbe. No había tomado conciencia de que todos mis esfuerzos bien intencionados solo me ponían bajo la maldición de la ley.

Escudriñaba la Palabra de Dios y me exigía cumplirla estrictamente. La veía como un mandamiento a obedecer, en lugar de una promesa que el Espíritu Santo llevaría a cabo en mí por confiar en Él y esperar su cumplimiento con

humildad. Hacía de la Palabra una ley, sin saber cómo acercarme a ella y vivirla por gracia, mediante la fe.

Creo que esto nos pasa a muchos cristianos que buscamos sinceramente agradecer al Señor. Mi oración es: "Señor, abre nuestros ojos espirituales para que podamos ver cómo tu gracia divina nos asiste todo el tiempo y nos lleva de gloria en gloria".

La Ley No Es de Fe:

Gálatas 3:12 dice: ***“Y la ley no es de fe, sino que dice: El que hiciere estas cosas vivirá por ellas...”***. Mientras que Romanos 4:4 y 5 añaden: ***“Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; más al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia...”***.

Si guardamos la ley a la perfección, podríamos alcanzar la santidad, pero como ***“no hay justo, ni siquiera uno”***, todos estamos descalificados. Así, la ley nos confronta con el pecado, produciendo nuestra transgresión espiritual.

El apóstol Pablo lo explica muy bien en su carta a los Filipenses. En el capítulo tres versículo seis dice: ***“En cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es por la ley, irreprochable”***. En un momento, Pablo creía actuar correctamente ante Dios por su celo religioso y por cumplir la ley de manera irreprochable. Esa era su carta de presentación ante Dios y ante las personas. Es más, estaba

orgullosos de ser un fariseo irreprochable. Pero luego, compara su vida como fariseo con su vivencia actual bajo la gracia de Cristo.

En Filipenses 3:7, dice: ***“Pero cuantas cosas eran para mi ganancia, las he estimado como pérdida por amor a Cristo”***. Ser irreprochable en cuanto a la ley ahora era una pérdida. La ley había cambiado su conducta, pero no su corazón asesino que perseguía y mataba a los cristianos. Todo lo que fue ganancia en su vida religiosa, ahora lo desestimaba por el amor de Cristo. La gracia de Dios cambia corazones, no solo conductas externas. La religión transforma lo superficial, pero la gracia transforma las intenciones y motivaciones del corazón.

En Filipenses 3:8, Pablo dice: ***“Y ciertamente, aún estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”***. Pablo desecha todo su estatus y su justicia propia, considerándolos basura, al experimentar la gracia divina. Reconoce que la única justicia por la que fue perdonado, aceptado y aprobado por Dios es la fe en Cristo.

Pablo se da cuenta de que, a pesar de ser irreprochable en cuanto a la ley y tener una buena conducta, no podía cambiar la maldad y perversidad de su corazón. Era religioso, tenía conocimiento, pero no la vida de Cristo fluyendo dentro

de él. Por más religioso que fuera, no dejaba de tener su instinto asesino. Me identifico completamente con el apóstol Pablo. Necesitamos cambiar las motivaciones e intenciones de nuestro corazón, pero no podemos hacerlo por nuestros propios medios, ni por determinación, ni por esfuerzo personal.

La Palabra nos confronta y se convierte en un espejo para nosotros, pero nuestras vidas no pueden responder a sus demandas. Nos rendimos, Señor, asístenos con el poder de Tu gracia. Nosotros no podemos, pero confiamos en que para Ti nada es imposible. Nos humillamos ante Tu presencia, nos consagramos y nos presentamos tal cual somos. Creemos que Tú lo haces.

“¿Hay para Dios alguna cosa difícil?”.

Génesis 18:14

La conferencista Joyce Meyer dice lo siguiente sobre cumplir la ley: *“Cuando ustedes y yo ponemos todos nuestros esfuerzos y nuestras energías en algo que está condenado al fracaso, el único resultado posible es la frustración. Y todo lo que sabemos hacer en una situación como esta de querer cumplir voluntariamente la ley es esforzarnos más, lo cual produce muchísima más frustración”*. Nuestro orgullo, una vez más, nos juega una mala pasada. El poder de Dios se perfecciona en nuestras debilidades.

Entramos en un círculo vicioso que nos lleva a la desilusión y al fracaso. Solo la revelación de la gracia de Dios

nos puede sacar de ese estado. La gracia nos arraiga y nos da cimiento en la vida cristiana. Si no entendemos la naturaleza de la gracia, tendremos problemas y estaremos confundidos en alguna área de nuestras vidas. Si no estamos bien fundamentados en la gracia, seremos víctimas de algún sistema religioso o algún líder manipulador. Revisemos un poco:

- ¿Estamos confundidos e inseguros acerca de cómo obtener la vida eterna? Necesitamos experimentar la gracia de Dios.

- ¿No estamos seguros de que alguna vez obtuvimos la vida eterna por confiar en la obra consumada por Cristo en la cruz del Calvario? Necesitamos experimentar la gracia de Dios.

- ¿Estamos inseguros y dubitativos de que ahora tenemos vida eterna por gracia y por medio de la fe? Necesitamos experimentar la gracia de Dios.

- ¿Estamos seguros de poder mantener nuestra vida eterna en victoria? Necesitamos experimentar la gracia de Dios.

- ¿Nos sentimos aceptados y aprobados por Dios? ¿De quién o de qué depende nuestra aceptación y aprobación? Necesitamos experimentar la gracia de Dios.

- ¿Sentimos que nunca hemos hecho lo suficiente para agradar a Dios, y eso nos llena de culpa? Necesitamos experimentar la gracia de Dios.

- ¿No nos sentimos lo suficientemente buenos y “aceptos en el Amado” como para agradar a Dios? Necesitamos experimentar la gracia de Dios.

- ¿Estamos luchando con el pecado, la culpa y la falta de perdón? Necesitamos experimentar la gracia de Dios.

- ¿Se nos hace difícil perdonar a otros porque no nos perdonamos a nosotros mismos? Necesitamos experimentar la gracia de Dios.

- ¿Vivimos enjuiciando a los demás, viendo solo sus limitaciones, errores y defectos? Necesitamos experimentar la gracia de Dios.

- ¿No nos sentimos bien con nosotros mismos, nos descalificamos y hasta nos odiamos? Necesitamos experimentar la gracia de Dios.

- ¿Sentimos que nunca podemos dejar satisfecho a Dios, que siempre estamos en deuda? Necesitamos experimentar la gracia de Dios.

La lista podría ser mucho más larga, pero estas son señales de que necesitamos conocer el ilimitado poder de Su gracia. Por el derramamiento de Su gracia, superaremos toda dificultad. Una fiesta nos aguarda a todos aquellos que entramos al banquete de la verdad y de la gracia. La mayoría de los creyentes sabemos que la Biblia habla acerca de la gracia y tal vez también tenemos la idea de que la gracia es

un regalo inmerecido. Pero eso de ninguna manera describe por completo las profundidades de la belleza de la gracia, ni aclara la confusión que existe en cuanto a este concepto. Sin embargo, no debería ser así. Aunque la gracia es una verdad profunda, es también un concepto sencillo.

“Así que tú, hijo mío, fortalécete por la gracia que tenemos en Cristo Jesús”.

2 Timoteo 2:1

Capítulo dos

MI EXPERIENCIA CON LA GRACIA

Oswaldo Rebolleda

“Sin embargo, considero que mi vida carece de valor para mí mismo, con tal de que termine mi carrera y lleve a cabo el servicio que me ha encomendado el Señor Jesús, que es el de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios”.

Hechos 20:24

Mis padres fueron extraordinarios para conmigo con mis dos hermanas. Mi padre fue un comerciante gastronómico y mi madre tenía una peluquería en nuestra propia casa. Nosotros nos criamos en un ámbito muy sano y familiar. Sin violencia, sin conflictos, ni malos tratos. En mi adolescencia no valoraba mucho eso, pero con los años llegué a comprender lo privilegiado que fui en esos días.

Esa ignorancia generó en mí, una rebelión absurda que me causó ciertos inconvenientes con el estudio y en mis relaciones. Luego conocí a una chica muy especial, porque fue mi primer amor, y si bien solíamos tener nuestros conflictos, nos amábamos muy intensamente. Bueno, eso

creía, porque después de varios años de noviazgo y cuando estábamos planificando nuestra boda, me dejó por otra persona y en apenas un par de meses se casó con él.

Es la primera vez que cuento esta cuestión personal, pero es necesario, porque esa situación me destrozó por completo. Ese dolor me llevó a una vida de autodestrucción, de alcohol, de drogas y de actitudes negativas, porque cada vez que conocía a una persona que valiera la pena, la dejaba y volvía a caer en depresión.

Siempre decía que no me importaba nada y que nada quería, pero era mentira, solo eran expresiones de alguien herido y lleno de temores. Desafié a la muerte en varias ocasiones, pero parecía estar protegido de manera muy especial y sobrenatural. De hecho viví algunas historias increíbles, que solo llegue a comprender cuando el Señor me sacó de esas tinieblas.

Pasaron muchos años de dolor. No importa lo que pudiera hacer con mi vida, ni a donde pudiera ir, no podía despojarme de ese dolor que tenía en mi corazón. Traté de evadir el desenfreno de los vicios y me dediqué a trabajar, ahorrar algo de dinero, ponerme mi propio negocio y de terminar mis estudios, pero el dolor no me abandonaba.

Económicamente, estaba bien, era joven, tenía a mi familia, a varios amigos y mucha diversión, pero en el fondo de mi corazón estaba quebrado, herido y consumido por una tristeza que me ha perseguido toda la vida. Incluso, tratando

de escapar, puse un revolver en mí cien y solo por la gracia divina, el disparo no salió.

A la vista de todos, parecía una persona sana, feliz y de buen pasar, pero la verdad era conocida por Dios, aunque yo no comprendía nada de eso, ni tenía ningún contacto religioso ni espiritual con nada. Leía bastante sobre temas espirituales, pero solo había conseguido una ensalada de pensamientos que en nada me ayudaban.

En una ocasión, armaron una carpa de evangelismo cerca de la casa de mis padres. Mi madre fue tocada por el Señor en ese lugar, por un evangelista que yo no conocía llamado Carlos Annacondia, la situación me impactó bastante, a la vez que en esos días, mi hermana mayor y su familia, también fueron tocados por el Señor.

Todos ellos estaban viviendo hermosas experiencias con Dios, y cuando yo escuchaba sus historias, sentía cierta curiosidad, pero nada más lejos de mí, que todo lo que estaban viviendo. Parte de mi familia comenzó a congregarse en una Iglesia de la ciudad, y ciertamente me invitaban, pero ni siquiera evaluaba la posibilidad de participar de lo que consideraba como una religión.

Un día, mi hermana me compartió el evangelio más claramente y me habló de mi necesidad. Yo era bastante irónico con esas cosas, pero solo porque era un experto en disfrazarme de hombre sano, cuando en realidad estaba absolutamente roto por dentro.

Mi hermana me dijo que Dios estaba vivo y que si le pedía perdón de corazón, podría conocerlo. Debo reconocer que eso me pareció extraordinario, pero no lo creí posible. Al menos por unos días, porque indudablemente sus palabras penetraron mi corazón de manera muy especial.

Aproximadamente una semana después, yo estaba acondicionando mi negocio para abrir al día siguiente. Tenía una cafetería ubicada en inmediaciones del tribunal de justicia, lo cual me permitía trabajar relativamente bien. En esos momentos estaba solo, con las persianas bajas y con pocas luces encendidas.

Fue entonces, que comencé a pensar en cómo pedirle perdón a Dios y en evaluar qué hacer, para que Él se manifestara a mi vida. Reitero, me parecía como una fantasía que Dios se me apareciera, o que me demostrara Su existencia, pero evidentemente lo estaba pensando.

De pronto, mis lágrimas comenzaron a caer de mis ojos, de manera exagerada e incomprensible. Primero, porque no tenía ganas de llorar, y en segundo lugar, porque apenas me secaba las mejillas, nuevas lágrimas aparecían. Era como si de mis ojos brotara agua, lo cual me asustó un poco. Entonces pensé: “Será que me ocurre esto por lo que estoy pensando de Dios...”

Yo estaba solo, pero al no poder parar de llorar, me escondí detrás de una heladera mostrador que tenía. Entonces, mis rodillas se aflojaron tal como si alguien me

hubiese dado un golpe en la parte posterior de mis piernas. Eso no me emocionó, sino que me asustó bastante, porque de pronto me encontré llorando y de rodillas.

Fue en ese momento, en el cual, hablando en voz alta, le dije a Dios: ¡Si vos sos el Dios que dice mi hermana, yo te pido perdón por todo, pero demuéstrame que realmente estás vivo! En ese momento, fue como si me hubiesen metido en un horno a más de mil grados centígrados. Literalmente me quemé por completo, y no paré de llorar y gritar por largo tiempo.

Fue entonces que la gracia de Dios me alcanzó, fue entonces cuando recibí la vida de Cristo, recibí luz y fui liberado de todos los demonios y los dolores de mi corazón. No sé cuánto tiempo estuve ahí, pero al pararme veía todo como si fuera en tres dimensiones. No entendía nada de lo que me estaba pasando, pero me sentía feliz, y no paraba de llorar pidiendo a Dios, una y otra vez que me perdonara por todo lo que había hecho mal, y por no haberlo reconocido.

Cuando llegué a la casa de mi madre, ella se asustó un poco, porque me veía llorar sin parar y no podía explicarle lo que me estaba ocurriendo. Cuando pude hablarle, le dije que no sabía lo que me pasaba, que había tenido una hermosa experiencia con Dios, y que ese día había nacido de nuevo.

Por supuesto, yo no sabía que la Biblia hacía referencia al nuevo nacimiento, pero eso fue lo que le dije a mi madre para describir lo que me estaba pasando, porque eso era lo

que realmente sentía. No podía explicar nada, pero me sentía como si fuera una nueva persona, alguien diferente, alguien pleno, alguien feliz por primera vez en muchos años.

Al día siguiente, mi hermana me visitó y me regaló una Biblia. Yo le agradecí mucho lo que había hecho por mí, pero no estaba pensando en congregarme en ninguna iglesia. Sin embargo, a los pocos días estaba en una reunión, y en la segunda de las reuniones fui lleno del Espíritu Santo, con la evidencia de hablar en las lenguas del Espíritu.

La forma en la que comencé a congregarme también fue muy loca, porque yo decía que no iría a una iglesia evangélica. De hecho, intenté ir a una misa católica, pero me largué a llorar porque sabía que Dios no estaba ahí. Fui a misa en otro lugar, pero entonces, no solo me sentí triste, sino que me enojé, porque yo decía: ¡Cómo puede ser que no se den cuenta de que Dios está vivo, y que ese que está colgado en la pared no es realmente Jesucristo! Incluso, recuerdo que estuve a punto de interrumpir la misa para gritarles esa verdad, pero creo que el mismo Señor me detuvo de tal atrevimiento.

De pronto, y sin mediar ninguna casualidad, mi cuñado me pidió que fuera a la iglesia de ellos, para filmar un bautismo en aguas. Yo no quería ir, porque no tenía una buena imagen de la iglesia evangélica, y no deseaba participar de sus reuniones, aunque lo que estaba viviendo con Dios era ciertamente extraordinario.

Le dije a mi cuñado que iría, porque algunos fines de semana, solía trabajar en su empresa como camarógrafo, pero que después de filmar me retiraría. Él me dijo que sí, que solo me estaba ofreciendo el trabajo de filmar y nada más. Ese día, aparecí con la cámara y me dirigí al pequeño templo que estaba ubicado en el fondo de una larga entrada.

Antes de llegar, alguien salió del salón y en el acto me reconoció. Era un hermano que trabajaba de policía en el tribunal situado al lado de mi negocio. Él estaba muy sorprendido, porque yo era conocido como alguien bien vago, que vivía en desenfreno y que era bastante mujeriego. Entonces me dijo: ¡Coco! ¡Qué bueno verte acá! Yo lo miré sorprendido y apresuradamente le dije: ¡No de ninguna manera! ¡Yo solo vengo a filmar un bautismo y me voy! Él se sonrió y me dijo: Está bien, igualmente es bueno verte acá.

Yo sentí la sensación de que me habían pillado, porque no quería ser visto en ese lugar, así que pensé: “Pueda ser que en este lugar, no haya nadie más que me conozca...” Abrí la puerta, con vergüenza y sin saber qué me encontraría. Sinceramente, quería pasar desapercibido, pero ni bien puse un pie en ese lugar, comencé a llorar desesperadamente.

Nadie entendía nada, porque supuestamente yo era el camarógrafo, y no estaba pasando nada, como para que yo llorara de esa manera, pero no podía detenerme. Armé mi cámara en la parte delantera del salón, muy cerca de la piletta de bautismo, y escondí mi cara contra el equipo de filmación. Sin embargo, era evidente para todos, que no podía parar de

llorar, y cada bautismo que presencié, fue como una tortura. Yo deseaba llorar a gritos, y quería tirarme al piso de una vez por todas, a la vez que no soportaba más el tratar de contenerme.

Obviamente, todos se dieron cuenta de lo que estaba viviendo, y yo comprendí que ahí, realmente estaba la presencia del Señor, por lo tanto, aunque muchas veces había dicho que no iría a esas reuniones, busqué la ocasión para comenzar a congregarme en ese lugar. De hecho, hoy lo recuerdo como algo muy gracioso, porque yo entraba en el lugar, y no podía contener mi emoción, lloraba hasta en los momentos en que simplemente estaban haciendo los anuncios.

Todo era muy novedoso para mí, pero estaba absolutamente sumergido en el Señor. No quería nada más en la vida, pasaba largas horas encerrado en mi habitación leyendo la Biblia, y comencé a tener tremendas experiencias sobrenaturales. Sin dudas fue una etapa muy hermosa, pero generé mucha incomodidad a mi entorno. Incluso mi propia familia llegó a pensar que estaba sufriendo cierto misticismo, porque parecía demasiado exagerado todo lo que hacía.

Ahora los comprendo, porque seguramente parecía medio loco, y mi condición fue muy chocante para todas mis amistades y clientes. El pastor, me observaba algo sorprendido por mi extraña pasión, y me pidió que compartiera con la iglesia el testimonio de lo que estaba viviendo. Yo dije que sí, y en una reunión de domingo, conté

lo vivido y compartí un pasaje bíblico que me pareció oportuno.

Al terminar esa reunión, le pregunté a mi madre qué le había parecido, y me dijo que había estado bien. La verdad es que ninguno de los dos entendíamos nada, todo era muy nuevo para nosotros. Entonces, el pastor me pidió que antes de retirarme fuera a su oficina. Yo me asusté un poco, porque pensé que había dicho algo que estaba mal, así que le comuniqué eso a mi madre con cierta preocupación.

El pastor me recibió en su oficina y me dijo: “Por favor, toma asiento...” Luego me preguntó: ¿De dónde sacaste eso que compartiste? Yo me puse algo nervioso y le pedí perdón, por si algo de lo que había dicho, había estado fuera de lugar, pero él me calmó diciendo que no, que todo había estado bien, pero volvió a preguntarme ¿De dónde sacaste lo que dijiste?

Yo le expliqué que lo había sacado de la Biblia, haciendo referencia al libro de Eclesiastés, de donde había extraído esos versículos que compartí. El pastor me dijo que ya sabía que eso estaba en la Biblia, que lo que él quería saber, era de dónde había sacado todo lo que había dicho respecto de ese pasaje. Bastante perturbado le aseguré que de ningún lado, que simplemente eso era lo que yo había entendido y que era muy claro para mí.

Él me miró sonriendo y me dijo: No, eso no está claro, nadie puede ver todo lo que vos viste en ese pasaje, a menos

que alguien se lo haya enseñado, o lo haya leído de algún lado. Yo le aseguré que no, que para mí, eso estaba muy claro y por eso lo había compartido de esa manera. Entonces, el pastor me preguntó: ¿Estarías dispuesto a compartir más ampliamente todo esto en la reunión de jóvenes? Yo le dije que sí, sin imaginar la dirección que tomaría mi vida después de esa primera predicación.

Prediqué a los jóvenes, y comencé a predicar en diferentes reuniones, y casi dos años después ya era un evangelista ordenado. Vendí mi negocio y me dediqué tiempo completo al ministerio, y al poco tiempo, estaba viviendo en Buenos Aires, dando talleres para pastores y líderes. ¡Cómo no voy a comprender ampliamente la Gracia del Señor! ¡Si todo lo que recibí y viví, fue una clara manifestación de la gracia soberana!

Yo no me crié en la Iglesia, ni viví procesos de vida religiosa. Por el contrario, cuando comencé a congregarme, sentía un absoluto rechazo por algunas absurdas actitudes religiosas que veía. Reconozco que al principio las respetaba, porque pensaba que eran necesarias, porque eran muy comunes, y la verdad es que tenía temor de decir abiertamente que yo veía mucha hipocresía en ciertas liturgias. No era que sentía temor por las autoridades, sino que no quería ofender a Dios con ningún comentario crítico.

Yo no busqué a Dios, porque el perdido claramente era yo. Él me guardó de la muerte, se manifestó a mi vida, me trajo convicción de pecado, me limpió con Su sangre, me

llenó con Su Espíritu, me dio entendimiento de Su Palabra, me llevó a congregarme, a bautizarme, a consagrarme y a servirlo cuando quiso, y de la manera en que lo determinó. ¿Cómo no voy a declarar que en el Reino, todo es por Gracia divina?

Ya soy un hombre mayor, y he sido sostenido sobrenaturalmente por el Señor durante muchos años, he sido evangelista y pastor. Soy maestro y hoy en día, asesoro a varios pastores de diferentes naciones. Trabajo con varias iglesias, predico en varias naciones diferentes cada año, mis audios están vigentes en cientos de radios, y el Señor me ha permitido escribir más de ciento cuarenta libros hasta el momento ¿Cómo no voy a reconocer que todo esto es solamente por Su preciosa gracia?

He vivido en la Iglesia momentos maravillosos, y lamentablemente, también he visto, y he vivido cosas que me hubiese gustado no ver, ni vivir. Aun así, no me apartaría jamás de la Iglesia, ni del servicio que desarrollo en ella, porque más allá de la religiosidad, el legalismo y la estupidez humana, conozco la gracia del Señor y sé que para Él, Su Iglesia sigue siendo Preciosa.

Es más, ahora tengo ante los hombres, un rango de autoridad que antes no tenía. Mis años de experiencia ministerial y mi testimonio, me permiten confrontar con autoridad aquellas cosas que creo que están mal, aquellas que no pertenecen a la gracia del Nuevo Pacto. Es por eso, que ya

escribí algunos libros sobre la gracia y me honra haber escrito este junto a mi amigo Rodolfo Arnedo.

A lo largo de los años, he compartido con Rodolfo incontables momentos de íntimas charlas, y hay una característica muy valiosa en él. No tiene filtros, no guarda apariencias, no actúa con hipocresía, no muestra lo que no es, puedo hablar con él a corazón abierto, y siempre lo he visto tratando de poner por obra la voluntad de Dios, más allá de las presiones institucionales que ha sufrido en algunas ocasiones.

Lo he visto sufrir algunas traiciones, y la pérdida de algunas obras; sin embargo, también lo he visto declarar con sinceridad que todo es del Señor, y que al final, cada quien dará cuenta de sus actitudes. Al final, ninguno de los dos nos creemos dignos de nada, excepto por Jesucristo, porque Él es el único Digno, y por eso le servimos sin la intención de servirnos de nadie, porque reconocemos la gracia del Señor. ¿Cómo no vamos a desear enseñar sobre esta maravillosa gracia?

“Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que él me concedió no fue infructuosa. Al contrario, he trabajado con más tesón que todos ellos, aunque no yo sino la gracia de Dios que está conmigo”.

1 Corintios 15:10

Capítulo tres

LA GRACIA COMO FUENTE DE SALVACIÓN Y ABUNDANCIA

Rodolfo Arnedo

"Porque por gracia sois salvos, por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios".

Efesios 2:8

La gracia es una iniciativa de Dios; es darle al ser humano lo que no puede comprar, lo que no puede merecer, y lo que no se puede ganar. Es por creer que ese regalo, que a Jesucristo le costó carísimo, ahora es nuestro por la fe.

Pablo escribió en **Efesios 2:9** que no es por obras, para que nadie se gloríe. En otras palabras, para que no pretendamos hacernos valer delante de Dios con nuestras “buenas obras” y pensar que tenemos méritos para que Dios nos extienda Su gracia inmerecida.

Tito 2:11 dice: *"Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres"*. Es la manifestación del amor de Dios para alcanzar al ser humano

y reconciliarlo con Él a través de Jesucristo, quien es la gracia y la verdad.

"Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo".

Juan 1:17

Toda doctrina que pretenda mezclar algún mérito humano, basado en pretendidas buenas obras, buena conducta o rituales exteriores, eclesiásticos, sacramentales o sacerdotales, es falsa en sí misma. Pone en peligro la fe de las personas al hacerles pensar que pueden atribuirse algún mérito, o hacer algo por sí mismos para merecer o ganarse la salvación, lo cual deshonra a Dios y pisotea su gracia infinita.

Quienes actúan de esa manera, están queriendo comprar su salvación o atribuyéndose méritos para obtenerla. En ese caso, no necesitan creer en la obra consumada en la cruz, más bien creen en sus "buenas obras" para ser aceptados y aprobados por Dios.

Dado que la gracia es nada menos que Jesucristo mismo en su actividad salvadora, sanadora y liberadora, no hay necesidad, ni posibilidad de añadir nada a lo que Él efectúa, siendo ella misma la fuerza motriz de todo bien.

"Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo".

Juan 1:17

La gracia, como se revela en toda la Palabra, tiene un significado extenso. Gracia viene de la palabra griega "*charis*", que significa: El favor gratuito e inmerecido, y la bendición divina de Dios; cuidado graciable, ayuda, buena voluntad, beneficio, regalo, bondad, donación y dotación. También significa el carácter espontáneo de Dios, quien otorga o causa una actitud favorable, beneficio, don, dádiva o delicia en bien o favor del hombre.

Por tanto, la gracia es una palabra multifacética, mostrando muchos aspectos del amor graciable y misericordioso de Dios el Padre, que vamos a necesitar en todo momento de nuestra vida.

La gracia es como un cayado, porque nos guía y nos enseña a comprender la obra completa que Cristo hizo en la cruz del monte Calvario a favor de la humanidad. Quien no aprecia, valora y admira la obra de Cristo en la cruz, no puede entender el amor y la gracia que allí se consumó.

En otras palabras:

La gracia es el poder de Dios manifestado por medio del Espíritu Santo, disponible para suplir todas nuestras necesidades sin ningún mérito o esfuerzo humano; solo puede adquirirse de una sola forma, por medio de la fe.

La gracia es el favor inmerecido que recibimos de parte de Dios por puro afecto de Su voluntad. Por eso, gracia es cuando Dios nos da lo que no merecemos, no podemos

trabajar para conseguirlo, no lo podemos comprar, no podemos ganarlo, ni lo podemos adquirir con determinaciones humanas. Eso es gracia.

Son los favores y las riquezas que recibimos por medio de Jesucristo y a través del Espíritu Santo. ¡La gracia de Dios expresa la grandeza de su amor y la riqueza de Su misericordia! Vivir dentro y bajo la gracia de Dios es experimentar y apreciar el amor fantástico de Dios y Su bondadosa actitud de Padre que extiende misericordia.

Contrario a las especulaciones religiosas y la supuesta omnipotencia del hombre que todo lo puede, la gracia no es solamente una creencia teológica o tema de argumento que traza líneas de batalla de denominaciones; de hecho, ¡la gracia de Dios significa la vida misma! *"En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres"*.

La gracia y la verdad manifiestan, expresan, imparten y dan vida en abundancia. La gracia es una persona, es Cristo manifestando Su poder y amor por medio del Espíritu Santo. Sin gracia no habría salvación, ni cristianismo... ¡ni vida eterna!

En verdad, la gracia es el fundamento del verdadero cristianismo. La gracia de Dios todo lo abarca, desde la creación hasta el final del Apocalipsis. La gracia de Dios tiene un significado tremendo para aquellos que en verdad la entienden. A través de Jesucristo, el regalo de la gracia de Dios es otorgado para que podamos crecer hacia Él, el Hijo

de Dios, quien es la cabeza de la iglesia de Dios en todas las cosas.

La verdad bíblica es que Dios el Padre, a través de Su gracia y salvación, compartirá Su vida eterna, su existencia y gloria con todos los seres humanos que verdaderamente lo aman con todo su corazón, mente y ser.

Gracia no es un movimiento que está de moda, tampoco es una reforma, ni una iglesia o movimiento que la pregona. La gracia no tiene dueño, ni le pertenece a ningún apóstol o reformista. La gracia no ha sido inventada por el hombre, es el evangelio único del Dios verdadero. Gracia es la impartición de la vida en abundancia.

La gracia es Dios mismo dispensándose e impartándose a nosotros a través de su Hijo Jesucristo para que lo disfrutemos a plenitud.

La gracia para los judíos y gentiles era el misterio que estaba escondido en el corazón de Dios antes de la fundación del mundo, pero que le fue revelado al apóstol Pablo para ser predicado a favor de la iglesia compuesta de judíos y gentiles en Cristo Jesús.

"Para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual, nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia".

Efesios 1:6 y 7

Entendamos en profundidad este pasaje:

- Nos hizo aceptos en Cristo.
- Nos redimió (nos rescató, nos compró) y lo pagó con Su sangre.
- Perdonó todos nuestros pecados.
- Lo hizo por pura gracia. Amor y misericordia se juntaron para bendecirnos.

El evangelio de la gracia de Cristo afecta nuestra experiencia doctrinal y personal. Rompe estructuras religiosas y obsoletas, nos saca de costumbres y tradiciones dañinas y sin sentido o respaldo escritural.

La gracia es el avivamiento que todos esperamos. La gracia ya está entre nosotros. *"Es Cristo en vosotros esperanza de gloria"*. La gracia cambia iglesias enteras en su aspecto objetivo y subjetivo. La gracia es eterna para los eternos que poseemos la vida eterna en Cristo Jesús.

La gracia produce cambios radicales en nuestra teología tradicional, en nuestra manera religiosa de vivir, en nuestro mensaje y en nuestras vidas. Estos son cambios positivos de fe. Una gracia que produce reposo y libertad espiritual en la que se camina exclusivamente por fe y para fe como un estilo de vida.

Una gracia que no es barata en absoluto, a Jesucristo le costó todo, al Padre le costó la vida de Su Hijo amado, y a la iglesia primitiva le costó persecución y muerte por los

movimientos religiosos y judaizantes. ¡Cuidado con pensar que la gracia es barata!

Una vez que conocemos y disfrutamos la Gracia de Cristo, comenzaremos a afirmar nuestro corazón con la gracia, creceremos en la gracia, comprenderemos que esta es la verdadera gracia de Dios, y jamás desecharemos o en vano recibiremos la gracia. Finalmente, todo le será consumado por la gracia de Dios:

"No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas".

Hebreos 13:9

"No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo".

Gálatas 2:21

"Por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios".

Romanos 5:2

"Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús".

Romanos 3:24

La gracia no es solo un mensaje bonito, ni mucho menos "light". Es un estilo de vida de una persona que ha entendido que debe vivir crucificada con Cristo. Es una pasión, un gozo permanente, y un evangelio que actúa en aquel que es sincero y honesto para con Dios.

La gracia transforma nuestra propia religiosidad y conciencia. Ella rompe los "odres viejos" de nuestro tradicional cristianismo degradado, caduco y lleno de superstición.

La Ley cumple la función extraordinaria de despertar en nosotros la conciencia de pecado y la función única y magistral de llenarnos de impotencia para poder superarlo por nosotros mismos. Lo principal y determinante de la ley es precisamente abatir toda confianza y destreza humana, toda jactancia y orgullo, para que dependamos únicamente de la gracia de Dios. A la "sola gracia" de parte de Dios ha de corresponder la "sola fe" de parte del hombre. Y eso, mis hermanos, no es algo que se consigue, se merece o se gana: es algo que se recibe por medio de la fe. Se necesita reconocer con mucha humildad que no tenemos con qué hacernos valer delante de Dios y recibir por la fe Su gracia inmerecida.

Recordemos:

***"Dios resiste a los soberbios,
Y da gracia a los humildes".***

Santiago 4:6

La nueva vida que surge de la gracia ha de mantenerse por la gracia. En otras palabras, las potentes operaciones de Dios a nuestro favor son necesarias para toda faceta de nuestra vida cristiana. Por eso Pablo suele añadir a sus saluciones a las iglesias la oración: "**Gracia y paz tengáis de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo**" (Romanos 1:7).

La bendición que da fin a la segunda carta a los Corintios: "**La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros**" (2 Corintios 13:14), no es una mera fórmula de despedida cuando termina el culto, sino que señala la gloriosa posibilidad de que todo lo que existe en Dios toque e influya sobre todas las partes de nuestro ser, "**para colmar todo propósito de bondad y toda obra de fe con poder**" (2 Tesalonicenses 1:11-12).

La ascensión del Señor resucitado a la diestra de Dios para el ejercicio de su sacerdocio real y eterno se relaciona expresamente con el suministro constante de la gracia divina a favor de los santos. En vista de su preparación y su obra, se adelanta esta exhortación:

"Lleguémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro".

Hebreos 4:16

La gracia que sacará a luz el nuevo universo es la misma gracia que suministra el "oportuno socorro" que remedia nuestro dolor y soluciona los problemas diarios.

Cuenta la historia que en una acalorada conferencia misionera llevada a cabo en Inglaterra se realizó esta pregunta: ¿Qué es lo que hace que el cristianismo sea único entre todas las otras religiones de este mundo? Algunos argumentaron que era la Encarnación, otros, la Resurrección. Sin embargo, algunos respondieron que otras religiones tienen creencias similares.

Cuando C.S. Lewis entró en el salón de conferencias, alguien le explicó el dilema. *"Oh, eso es fácil"*, dijo. *"Es la gracia"*.

- ¿Cómo es que el cristianismo se distingue a sí mismo de otras religiones? Simplemente por gracia.
- ¿Cómo es que una persona se convierte en cristiana? Simplemente por gracia.
- ¿Cómo es que una persona puede ser salva eternamente? Simplemente por gracia.
- ¿Cómo es que una persona puede conocer que es salva eternamente? Simplemente por gracia.
- ¿Cómo es que una persona puede vivir la vida cristiana en plenitud y gozo? Simplemente por gracia.

- ¿Cómo es que un cristiano debe ser motivado para servir a Dios y a otros? Simplemente por gracia.

- ¿Cómo es que una persona puede vencer el pecado en su vida? Simplemente por gracia.

“Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él”.

Colosenses 1:6

¡Simplemente por gracia!

Capítulo cuatro

LA GRACIA COMO RESULTADO DE LA SOBERANÍA DIVINA

Oswaldo Rebolleda

“Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero; que llamo desde el oriente al ave, y de tierra lejana al varón de mi consejo. Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré...”

Isaías 46:9 al 11

A los seres humanos nos encanta pensar que tenemos el control de todas las cosas, pero al final, también terminamos reconociendo que esto no es tan así. En un menor o mayor grado, todos buscamos una explicación para las cosas que nos ocurren, todos deseamos una ayuda superior, o de otra dimensión. Luego todos, de manera más natural o de manera más espiritual, asumimos y asimilamos conforme a nuestras creencias, las cosas que nos ocurren a diario.

Muchos se preguntan si un accidente automovilístico es el resultado de un decreto divino, o simplemente ocurrió por una mala maniobra del conductor. De la misma manera que algunos creen que un resultado deportivo solo es generado por el mérito personal, y otros por la ayuda sobrenatural. En la vida todos buscamos desesperadamente encontrar motivos. En algo tan traumático como un accidente, hay quienes creen que la responsabilidad la tienen los conductores, otros que solo fue voluntad de Dios y otros le echan la culpa de todo al diablo. En definitiva, solo estamos tratando de encontrar explicaciones.

Cuando somos creyentes, solemos ver a Dios en todo lo que hacemos. Le pedimos ayuda cuando estudiamos, cuando trabajamos, cuando practicamos un deporte, o cuando estamos buscando un lugar para estacionar nuestro vehículo. Le pedimos que retrase una visita, que acomode los tiempos, que no se nos quemé una comida, o que no llueva por la mañana. Cuando ocurre lo que pedimos, le agradecemos con fervor, y cuando no se produce asumimos Su voluntad, o lo consideramos una oposición de las tinieblas. En realidad, nos ocurren cosas como a cualquiera y aunque Dios es Soberano y Todopoderoso, se abstiene de intervenir en la gran mayoría de ellas.

Dios puede cambiar el rumbo de una hoja arrastrada por el viento. Él puede frenar, mover, encender, cambiar o generar todo lo que bien quisiera, porque es Todopoderoso y Soberano, pero generalmente no lo hace, Su voluntad permisiva da lugar a que las cosas simplemente ocurran de

manera natural, hasta que Él considere necesaria Su intervención.

Lo que voy a tratar de analizar como creyente, y maestro en la Palabra es, cual es la participación de Dios en los eventos del planeta. Los buenos y los malos, porque sería fácil concluir que todo lo bueno que nos pasa, tiene a Dios como protagonista, y todo lo malo es culpa del diablo. A los cristianos nos encantaría dejar a Dios fuera de toda responsabilidad respecto de lo malo o doloroso.

En realidad, esa es la cuestión a analizar, porque si Dios es Soberano y Todopoderoso, no solo puede generar o predestinar todos los acontecimientos, sino que además, podría evitar que ocurrieran todas aquellas cosas que son malas o dolorosas. Ante lo cual nos surge la inevitable pregunta ¿Por qué no lo hace?

En teología, estas cuestiones se analizan y se enseñan bajo el título de “Providencia Divina”, que no es otra cosa que las intervenciones respecto del cuidado del mundo y de los hombres que se atribuyen directamente a Dios.

Cuando analizamos la providencia, encontramos puntos de gran regocijo, porque podemos ver el cuidado y el amor de Dios, pero cuando el análisis debe realizarse sobre una desgracia, nos sentimos desorientados, y no encontramos una explicación inmediata. Luego comprendemos que hay cosas que Dios, simplemente permite sin intervenir, y hay veces que interviene porque lo considera necesario. Pero el

hecho que Dios, en algún sentido, pre ordena todo lo que sucede es el resultado necesario de su soberanía, sea porque permite, o porque interviene, Él no puede estar ajeno a nada.

Si una partícula de tierra se moviera sin el permiso de Dios, Él dejaría de tener el gobierno de toda Su creación, y ciertamente esa partícula sería extremadamente poderosa, porque podría actuar de tal manera, que ni Dios podría dominarla en ningún momento. Lo cual por supuesto, es simplemente un absurdo. Dios puede hacer todo lo que quiere, porque es Dios y es absolutamente Soberano.

La doctrina de la Providencia Divina afirma que Dios está en control absoluto de todas las cosas. Esto incluye al universo en su totalidad (**Salmo 103:19**), el mundo físico (**Mateo 5:45**), los asuntos de las naciones (**Salmo 66:7**), el nacimiento del ser humano y su destino (**Gálatas 1:15**), los éxitos y los fracasos humanos (**Lucas 1:52**), y la protección de Su pueblo (**Salmo 4:8**). Esta doctrina se opone directamente a la idea de que el universo sea gobernado por la casualidad o el simple destino.

El propósito, o la meta, de la providencia divina es llevar a cabo la voluntad de Dios. Es decir, para asegurar que Sus propósitos sean cumplidos, Dios gobierna los asuntos del hombre y obra a través del orden natural de las cosas. Las leyes naturales son nada más que una representación de Dios obrando en el universo. Las leyes naturales no poseen poder inherente, ni obran independientemente de Dios. Las leyes de

la naturaleza son las reglas y los principios que Dios estableció para determinar cómo se desarrollarán las cosas.

Es lo mismo en las decisiones humanas. En un sentido muy real, no somos libres de escoger o actuar fuera de la voluntad de Dios. Todo lo que hacemos y todo lo que elegimos está necesariamente bajo la autoridad y el permiso de Dios, aun aquellas decisiones ajenas a Su perfecta voluntad (**Génesis 50:20**). Al final de todo, es Dios quien puede impedir o permitir nuestras decisiones y acciones (**Génesis 45:5; Deuteronomio 8:18; Proverbios 21:1**), pero Él lo hace de tal manera que esto no viola nuestra responsabilidad como agentes moralmente libres, ni tampoco invalida la realidad de nuestra decisión.

La doctrina de la providencia divina puede resumirse bajo una famosa declaración que dice así: *“Dios desde la eternidad, por el sabio y santo consejo de Su voluntad, ordenó libre e inalterablemente todo lo que sucede. Sin embargo, lo hace de tal manera, que Dios ni es autor del pecado, ni hace violencia al libre albedrío de sus criaturas, ni quita la libertad ni contingencia de las causas secundarias, sino más bien las establece”*.

El medio principal por el cual Dios cumple Su voluntad es a través de causas secundarias, como las leyes naturales, y la elección de los hombres. En otras palabras, Dios obra indirectamente a través de estas causas secundarias para cumplir Su voluntad, pero a la misma vez, es lo suficientemente Soberano como para intervenir en todo

asunto, de la forma que considere conveniente, sin que por ello exista una gota de injusticia.

En ocasiones Dios obra directamente para cumplir Su voluntad y punto. Esto es lo que llamaríamos nosotros un milagro, es decir, una manifestación sobrenatural, que puede romper toda regla natural. Un milagro se produce cuando Dios elude o quebranta, por un breve período de tiempo, el orden natural de las cosas para realizar Su voluntad y Sus propósitos.

Hace unos años, conocí a un pastor que me contó su testimonio. Él había intentado matarse en varias ocasiones. Se sentía tan mal y tan frustrado con la vida, que se quiso pegar un tiro y la bala no salió, se quiso ahorcar y se le cortó la cuerda, se quiso envenenar y solo se descompuso, al final, se arrojó a las vías del tren, pero el tren, solo le cortó una de sus piernas. Durante su recuperación, el Señor se manifestó a él y le dijo: “Yo te di vida para que me sirvas, no para que procures tu muerte...”

Hoy en día, ese hombre es pastor, y aunque tiene una pierna ortopédica, sirve al Señor con todo su corazón. Esto es simple, hay quienes no quieren morir, y mueren absurdamente, otros pretenden matarse y lo logran en el primer intento, pero otros, son escogidos por Dios para una tarea determinada. Por lo tanto, Dios interviene en sus vidas si es necesario y los conduce a Su propósito.

Cualquiera podría preguntar ¿Si lo hace con uno, porque no lo hace con otros? Yo no soy quién para explicar sus motivos, solo me atrevo a decir lo que la evidencia y la Palabra enseña, que Él puede hacer lo que quiere, y que ciertamente lo hace, cuando quiere y como quiere. ¿Quién podría determinar sus motivos, o quién podría cuestionar Su justicia?

Dos ejemplos del libro de Hechos deberían servir para destacar la obra de Dios obrando directa e indirectamente para realizar Su voluntad. En **Hechos 12:6 al 11**, encontramos una situación extraordinaria, porque el apóstol Pedro, había sido encarcelado por soldados del rey Herodes, pero una noche, Pedro estaba durmiendo en medio de dos soldados y atado con dos cadenas, mientras que los demás soldados seguían vigilando la entrada de la cárcel.

De repente, un ángel de Dios se presentó, y una luz brilló en la cárcel. El ángel tocó a Pedro para despertarlo, y le dijo que se levantara rápidamente. En ese momento las cadenas se cayeron de las manos de Pedro, y el ángel le ordenó vestirse y seguirlo. Pedro estaba más que desorientado pero obedeció al ángel y lo siguió sin saber si todo eso realmente estaba sucediendo, o si era solamente un sueño.

Pasaron frente a los soldados y, cuando llegaron a la salida principal, el gran portón de hierro se abrió solo. Caminaron juntos por una calle, y de pronto el ángel desapareció, entonces Pedro entendió lo que le había pasado,

que Dios había enviado a un ángel para librarlo de todo lo malo que Herodes Agripa y los judíos pensaban hacerle. Esto es un milagro que definitivamente trastoca todo plan humano y rompe toda regla natural, a través de la Soberana intervención Divina.

Por ejemplo, en **Hechos 16:6 al 10**, también tenemos otra historia en la cual, vemos a Dios interviniendo para que se cumpla Su voluntad. Esto sucedió durante el segundo viaje misionero de Pablo. Dios quiso que Pablo y su compañía fuesen a Troas, pero cuando Pablo salió de Antioquia de Pisidia, él quiso ir hacia el este, más concretamente a Asia. La Biblia dice que el Espíritu Santo les prohibió predicar la Palabra en Asia. Esto podría carecer de sentido para la razón de aquellos que simplemente deseaban cumplir con la gran comisión, pero fue así.

Luego, ellos quisieron ir al oeste a Bitinia, pero el Espíritu Santo nuevamente se lo impidió, por tanto, ellos terminaron yendo a Troas. Ahora bien, sin duda esto fue escrito en retrospectiva, pero en el momento que sucedió, debe haber sido muy impactante para ellos, y aunque tal vez no comprendieron los motivos, simplemente se dispusieron a obedecer y punto. Así opera la providencia del Dios Soberano.

*“El corazón del hombre piensa su camino.
Mas Dios endereza sus pasos.”*

Proverbios 16:9

En otra ocasión, encontramos a Pablo viajando como prisionero a Roma (**Hechos 27:13 al 38**). En esa ocasión el barco que transportaba a Pablo tuvo que enfrentar una tempestad tremenda, en medio de la cual, se le apareció un ángel a Pablo, para decirle que nadie moriría. El barco se destruyó contra las rocas y todos se salvaron (**Hechos 27:39 al 44**).

Estando ya en tierra firme, se percataron que se encontraban en la isla de Malta. Una vez recibidos por algunos lugareños que encendieron un fuego para que ellos pudieran calentarse, a Pablo lo picó una víbora (**Hechos 28:3 al 5**). Sin embargo, ante la atónita mirada de los presentes, esa picadura, no produjo nada en el cuerpo de Pablo.

Como vemos, Dios pudo liberar a Pedro de la cárcel sobrenaturalmente, así como un día permitió que lo encarcelaran y lo asesinaran crucificándolo al revés. Luego vemos que Jesús envió a sus discípulos a predicar a todas las naciones, pero en determinado momento, les prohibió que visiten algunos lugares. Por último, vemos a Pablo librado de la muerte en un naufragio, pero Dios no calmó la tormenta. Fue librado del veneno de una serpiente, pero Dios no evitó que le picara, y con el tiempo lo decapitaron sin que Dios interviniera. En otras palabras, Él hace como quiere y aun así, no hay injusticia alguna en sus actos soberanos.

Por otro lado, hay quienes dirán que el concepto de Dios orquestando directa o indirectamente todas las cosas, destruye toda posibilidad del libre albedrío. Es decir, si Dios

está en control absoluto, ¿cómo podemos estar verdaderamente libres en las decisiones que tomemos? Bueno eso lo considero muy interesante, porque es lo que detona la gracia. Consideremos que no puede haber gracia, si aquel que la otorga no es soberano para hacerlo.

Amados, si Dios no estuviese en control de todas las cosas, entonces Él no sería Soberano, y si no fuera Soberano, entonces, no sería Dios en absoluto. Nuestro Dios es maravilloso y Justo, Él siempre hará lo correcto, aun cuando pareciera no hacer nada. Sin embargo, y más allá de las cuestiones cotidianas, está la más trascendente que es la eternidad. La predestinación, también le da sentido a eso, ya que Dios interviene en todos y cada uno de los casos para juzgar con justo juicio.

Es lamentable que algunos consideren que aceptar la posibilidad de la intervención divina en la salvación es algo injusto, y también es estúpido vincular esa consideración otorgando esa posibilidad a Calvino, tal como si fuera su invento. No tengo nada en contra ni a favor de Calvino, pero él no inventó la elección soberana. Simplemente podemos encontrarla en las Escrituras.

Cuando hablamos de la soberanía divina, estamos hablando acerca de la autoridad y del poder de Dios. No hay duda que, como Soberano, Él es la suprema autoridad del cielo y de la Tierra. Toda otra autoridad del universo, es inferior, deriva y es dependiente de la autoridad de Dios. Todas las demás formas de autoridad existen solo por el

mandato de Dios, o con el permiso de Dios, incluso Satanás, que solo es una criatura creada, con ciertas ambiciones inalcanzables. Satanás ha sido rival de los hombres, pero jamás el rival de Dios, porque aun en su maldad, ha tenido la limitación de sujetarse al Soberano.

Desde siempre, Dios ha ordenado libremente todo lo que sucede a través de Su perfecta voluntad. Él es absolutamente Soberano sobre toda Su creación. Él puede determinar las cosas de diferentes maneras, pero al final, todo lo que sucede debe, al menos, suceder con su permiso, y si lo permite, de alguna forma lo está gobernando ¿Quién, se atrevería a discutir tal cosa?

Decir que Dios está al gobierno de todo lo que sucede, es decir que Dios es Soberano sobre toda Su creación. Reitero, si algo pudiera ocurrir fuera de Su permiso soberano, entonces lo que sucedería es que quedaría demostrado que Dios no es Todopoderoso. Lo cual nadie discute, por eso considero un absurdo que alguien argumente respecto de las cosas que ocurren dejando de lado la soberanía de Dios.

Aun así, esto sucede, porque las personas no pueden asumir que Dios intervenga en todos los asuntos humanos. El inconveniente racional que cité anteriormente, hace que muchos creen que si Dios interviene en todo, es responsable de todo acto, tanto bueno como malo. Entonces ellos concluyen que Él podría generar muchas más cosas buenas, y podría impedir todas las malas, de manera que tendríamos como resultado un mundo mucho mejor.

La verdad es que esto no funciona así, porque Dios, en Su sabia voluntad, no ha determinado crear a seres autómatas, que simplemente hagan lo que Él determina. Dios creo al hombre con libre albedrío, porque Adán fue creado con sabiduría, en santidad, y con toda la luz del Creador. Luego fue advertido de lo que no debía hacer y de las consecuencias. La decisión tenía que ser del hombre, y Dios permitió que se comiera la fruta.

Alguien preguntó una vez ¿Por qué motivo el Señor no envió a un ángel para que le quitara la fruta de la mano a Eva y le reconviniera de su decisión? ¿Cuántos males se habrían evitado en el mundo? Sin embargo no lo hizo. Él no intervino en la decisión de ellos, sino que ideó un plan para revertir la situación. Incluso podría haber destruido a Satanás en lugar de vencerlo, pero tampoco lo hizo. Aun así ¿Quién podrá cuestionar sus decisiones? Yo creo que hizo lo que fue mejor, porque Él nunca se equivoca.

Debemos comprender que nuestra manera de ver la realidad es sumamente limitada y nuestra sabiduría es simple necesidad ante la ilimitada sabiduría de Dios. Él ordena libre e inalterablemente todo lo que sucede, y sin embargo, lo hace de tal manera que no genera injusticia alguna, ni hace violencia a la voluntad de las personas. Nosotros no podemos comprender eso, y no hubo jamás un ser humano, por más poderoso que haya sido, capaz de experimentar algo así.

Es verdad que Dios sabía de antemano que el hombre caería. También es verdad que Él pudo haber intervenido

para impedirlo, pero no lo hizo. Incluso pudo determinar directamente no crearnos. Sin embargo ¿Significa esto que Dios no ha sido bueno o justo?

En tal caso, también debemos decir que Él preparó un plan de redención para su creación caída, que sin duda produjo una perfecta manifestación de su justicia en la cruz del Calvario, y una perfecta expresión de su amor y misericordia al determinar la salvación de su pueblo, los que la Biblia llama como sus “escogidos” (**Colosenses 3:12**).

Lógicamente esto de tener escogidos, también cae muy mal a muchas personas. Primeramente a los inconversos, quienes al escuchar algo así, lo consideran una injusticia total, y curiosamente para muchos cristianos también es inaceptable, porque creen que somos los hombres, los responsables de creer y escoger a Dios. Sin embargo debe quedarnos claro, que el Soberano es Dios.

“Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia...”

Romanos 9:15

Algunos creen que Dios nos escogió a nosotros simplemente porque nos ama, el problema es que también ama a los que no escogió. El tema es que la justicia no está condicionada por los sentimientos, y la gracia no está obligada por el amor, porque de lo contrario no sería gracia.

La esencia misma de la gracia es que es absolutamente inmerecida, lo cual siempre será considerada injusta por algunos, pero nunca por Dios, quién es el Creador de todo y el Soberano absoluto.

Dios siempre se ha reservado el derecho de tener misericordia de quien quiera tener misericordia, y puede endurecer a quién quiera endurecer. Aun así, la justicia nunca faltará, porque la pecaminosidad siempre merece castigo, y la misericordia no es un derecho, sino la expresión más elevada de la gracia. Estos problemas de interpretación les pegan a todos los cristianos que creen en un Dios Soberano, y no solamente a quienes creemos en la elección Divina. En definitiva, todos tenemos falta de acceso a cierta información que solo Dios maneja.

Sin embargo, puedo asegurar que Dios es absolutamente Soberano, porque así lo enseña en las Escrituras: *“**Todo cuanto el Señor quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos**”* (**Salmo 135:6**). De hecho, la Biblia menciona tanto sobre la soberanía de Dios, que sería fácil pensar que este es Su atributo más destacado. Él gobierna sobre cosas que parecen azar (**Proverbios 16:33**), sobre las tragedias que ocurren en el planeta (**Isaías 45:7**), incluso sobre nuestros planes diarios (**Santiago 4:13 al 15**).

Cuando Dios obra sobre determinada situación, no es porque alguien pueda condicionarlo a eso, sino porque Él

simplemente determina hacerlo. Y cuando Dios permite algo, tanto sea un sufrimiento presente, como cualquier otra cosa, es porque en un ineludible sentido, Él determinó que eso ocurriera conforme a Su propósito.

De manera específica, el **Salmo 135**, también señala que Dios gobierna sobre la naturaleza, sobre las naciones y sobre toda deidad que el hombre pretenda inventarse. Al mismo tiempo, en el corazón de este Salmo, vemos también, que Dios es Soberano en sus hechos redentores y protectores a favor de Su pueblo: *“Tú defiendes a tu pueblo y le tienes compasión...”* (Salmo 135:14 VLS).

Esto debe inundarnos de esperanza cuando la duda y el temor nos golpean. Dios fue soberano a nuestro favor en la cruz, en la hora más decisiva de la historia y cuando todo parecía sin solución alguna. Por lo tanto, aunque en nuestros momentos difíciles no tenemos todas las respuestas que quisiéramos, sí tenemos la certeza que más necesitamos, y es que podemos confiar en el Dios Soberano, que gobierna todas las cosas para nuestro bien (**Romanos 8:28 al 32**).

“La soberanía de Dios es la almohada sobre la que el hijo de Dios apoya su cabeza por la noche, entregándole una paz perfecta.”

Charles Spurgeon.

No nos toca a nosotros, comprender por qué motivo, sobre muchos otros no hay vida, no hay luz y no hay paz. Solo debemos agradecer a Dios, que Su gracia nos haya

alcanzado y que en esa gracia, podamos ser guardados hasta la consumación de los tiempos, entendiendo lo que muchos otros no pueden entender.

“Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas.

***Tuyo, oh Jehová, es el reino,
y tú eres excelso sobre todos”***

1 Crónicas 29:11

Capítulo cinco

LA FUNCIONALIDAD DE LA LEY

Rodolfo Arnedo

“Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.”

Romanos 3:20

¿Cuál es el Propósito de la Ley?

De acuerdo con el verso anterior, la ley no puede justificar al hombre del pecado, solo puede hacerlo consciente y culpable del pecado para que busque a Dios, para que se rinda, para que abandone todo esfuerzo propio, con tal de agradar a Dios en sus capacidades y conocimientos.

El propósito principal de la ley es, entonces, hacernos sentir incompetentes, descalificados e incapaces de agradar a Dios ante la culpabilidad del pecado. De esta manera, nos vemos obligados a recurrir a Jesucristo para que Él, con su gracia, nos libre del pecado y de nuestros infructuosos sacrificios religiosos. Para llegar a este estado, debemos

reconocer con humildad que hemos intentado hacerlo nosotros mismos, pero no hemos podido. ¿Y cómo terminamos? Desilusionados, frustrados, amargados y angustiados. En lo más profundo de nuestro ser, aunque aparentamos lo contrario, sabemos que no tenemos con qué valorarnos delante de Dios.

¿Quiere decir esto que la ley es mala porque es contraria a las promesas de Dios? Pablo se enfrentó a esta misma pregunta y la contestó de la siguiente manera:

“¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia si la ley no dijera: No codiciarás.”

Romanos 7:7

En ninguna circunstancia Pablo está diciendo que la ley produce pecado, sino que ella es la que manifiesta la rebeldía natural que hay en todo hombre pecador. La ley saca a luz lo que hay en el corazón de la persona. La ley expone al hombre como pecador, lo muestra en oposición a Dios, pero no lo ayuda a salir de ese lugar. Esta es la única forma de Dios para hacerle ver al ser humano que necesita de la operación de la gracia para recibir un cambio interior que lo capacite para vivir una vida que agrade a Dios.

En su teología, Pablo ve la ley como algo santo, justo y bueno. Sabiendo esto, nos da la razón por la cual la ley trae el conocimiento del pecado. Pablo escribe:

“¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? En ninguna manera; sino que el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso.”

Romanos 7:13

Aparentemente, esto es un poco contradictorio; que Dios nos diera una ley que Él sabía que no podíamos guardar. No olvidemos que el propósito de Dios es atraernos hacia Él de una forma u otra. Hasta que lleguemos a darnos cuenta de que por nosotros mismos no podemos agradar a Dios, seguiremos tratando de operar en nuestras propias fuerzas para tratar de impresionarlo.

Esto es así porque el hombre cree que, guardando la ley, le está pagando a Dios, comprando sus favores o bendiciones. Piensa que ahora tiene con qué impresionar a Dios y merecer su aceptación, aprobación y bendición, gracias a su propia justicia. Es parte de la naturaleza del hombre pagar por todo lo que recibe y luego llevarse los aplausos. Concluimos, pues, que el problema no reside en la ley, sino en nosotros:

“Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado.”

Romanos 7:14

En este verso, Pablo está hablando sin duda de cuando él era pecador, porque dice que estaba “vendido al pecado.”

Para Llevarnos a Cristo:

Dejemos que la Escritura nos hable claramente de cuál es el último propósito de Dios al darnos la ley. Después de que Pablo les dijo a los Gálatas de la futilidad de tratar de justificarse por la ley, les añadió lo siguiente:

“Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes. Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo.”

Gálatas 3:22 al 25

Hermanos amados, la ley nos mantiene en sí en una cárcel. La palabra “confinado” significa que la ley hace sentir a los hombres en una cárcel donde solo hay una puerta de salida, y esa puerta es Jesucristo, en quien hallamos libertad cuando encontramos su gracia infinita.

¿Qué sentido tiene que un creyente que ha sido salvo por la gracia de Dios quiera regresar a la cárcel de dónde salió? Eso fue lo que movió a Pablo a decirles a los mismos Gálatas:

“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.”

Gálatas 5:1

¿Entendemos ahora por qué la ley no contradice las promesas de Dios?

“¿Luego la ley es contraria a las promesas de Dios? En ninguna manera; porque si la ley pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley. Más la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes.”

Gálatas 3:21 y 22

La ley está vigente aún hoy en día para exponer al pecador y hacerle tomar conciencia de su realidad ante Dios, de manera que no tenga otra alternativa que correr hacia la provisión de la gracia de Dios en Jesucristo. Siempre, siempre, siempre, la salida está en Aquel que es fiel y justo. Nunca, bajo ningún concepto, apartemos la vista de Jesucristo; allí está nuestra victoria.

“Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.”

1 Corintios 15:57

La ley nos delata como pecadores para que saquemos la mirada de nosotros mismos y miremos a la obra completa de la cruz.

“De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe.”

Gálatas 3:24

La ley ha sido nuestro “ayo.” Esta palabra significa un “conductor de niños,” el sirviente que se hacía cargo de los niños pequeños para enseñarles los rudimentos y llevarlos a la escuela cuando crecieran.

Así que la ley es el conductor del pecador para llevarnos a Cristo. La ley sirvió como ayo (maestro-cuidador) para traer a los judíos a Cristo, pero también sigue vigente hoy en día para traer a cualquier pecador del mundo a experimentar la gracia de Dios en Cristo.

No cometamos la insensatez de seguir insistiendo en depender del ayo en vez de depender del nuevo Señor que nos libertó del ayo (Señor ley). ¿Por qué? Porque ahora andamos por fe en lo que nuestro nuevo Señor ha hecho por nosotros, y no por las obras que exigía la ley. ¡Gracias a Dios por su Gracia!

Las virtudes de la ley:

“Ya que por las obras de la ley ningún ser humano podrá ser justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.”

Romanos 3:20

“Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado.”

Romanos 5:13

“¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera:

No codiciarás.”

Romanos 7:7

“Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley.”

Gálatas 3:10

La ley, o los mandamientos, cumplen una finalidad muy importante:

Hacernos ver que somos pecadores y necesitamos depender de Dios en todo momento. Demostrarnos que nosotros mismos no podemos cumplirla. Nos expone para que nos demos cuenta de que estamos en falta delante de Dios, y nos guía a Cristo, para ser justificados por la fe.

Lamentablemente, muchos círculos religiosos hoy en día insisten en que la gente debe guardar la ley, lo cual es imposible en términos humanos, porque si llega a guardar aunque sea una parte, se volverá un religioso reprimido.

Esto hace que la gente viva en hipocresía religiosa, aparentando una vida y una fachada que es nada más y nada menos que pura apariencia.

El pretender guardar la ley es mostrar a las personas como lo que no son. Vivir una vida de apariencia, ir detrás de cargos, nombramientos, aplausos, reconocimientos, títulos y prestigio religioso. Puro humanismo que deshonra a Dios y termina idolatrando instituciones y hombres.

Esto está demostrado en la Palabra:

“No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué procuráis matarme?”

Juan 7:19

Jesús increpa a los religiosos que lo acusaban de no guardar la ley y procuraban matarlo. Así es la religión: hace vivir a la gente en un fanatismo irracional, pero lejos del conocimiento de la palabra. Por ello, si un religioso tiene que matar a alguien para defender su causa, no sentirá cargo de conciencia; piensa que está haciendo lo mejor por su religión. El apóstol Pablo lo hacía. Hoy, muchos grupos islámicos también lo hacen en nombre de su Dios.

Es decir, los fariseos religiosos de su tiempo querían matar a Jesús por lo que ellos mismos no cumplían. El problema era que Jesús los exponía.

La funcionalidad de la ley:

¿Entonces, para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien

fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador (**Gálatas 3:19**).

La respuesta que da el apóstol Pablo es contundente, directa y profunda: A causa de nuestras transgresiones.

¿Para qué sirve la ley si nuestra salvación es por gracia por medio de la fe?

La ley sirve específicamente para demostrar que el hombre es absolutamente pecador y que no puede salir de ese lugar a menos que Jesucristo lo saque de allí por medio de la fe en la obra consumada en la cruz.

¿Por qué tanto legalismo?

Podemos definir el legalismo como la doctrina que enseña que el hombre necesita la ley de Moisés u otra ley para ser salvo, o para alcanzar la santificación o la perfección cristiana. En párrafos anteriores hemos establecido claramente por medio de la Palabra de Dios que el hombre es salvo por la fe en la gracia del Señor Jesucristo.

Si le preguntamos a la mayoría de las iglesias evangélicas si creen esto, sin lugar a dudas dirían que sí. La contradicción está en lo que se lleva a la práctica. Se entra por gracia, pero después se hace vivir a la gente por obras, por activismo religioso o supuestamente por una sana doctrina que ni los líderes saben explicar. La validez de una doctrina no se mide por lo que se cree de la misma, sino por

lo que se practica, por lo que es aplicable a nuestro diario vivir.

Creo que una de las razones por las cuales el legalismo asoma sus tentáculos en tantas iglesias evangélicas es por falta de conocimiento de lo que es en verdad la gracia de Dios. Es posible que muchos de los prejuicios hacia esta verdad procedan, de que solo hemos oído los ejemplos negativos de cristianos e iglesias que, diciendo que están en la gracia, están en la desgracia de vivir en libertinaje y no hacen otra cosa que perjudicar algo tan hermoso como es el mensaje de la gracia de Dios.

En este lugar todo el mundo marcha derecho:

Otra razón para el legalismo es el celo apasionado que hay en ciertos grupos sobre el buen comportamiento del creyente. Externo, por supuesto, pura apariencia.

Por experiencia sé que, siempre que prediquemos el mensaje de la gracia de Dios, habrá personas que lo usarán fuera del contexto que lo hemos enseñado como una excusa para no crecer espiritualmente o para pecar y vivir en libertinaje.

La tendencia natural de muchos líderes religiosos al frente del pueblo de Dios es recurrir a un mensaje de reglas, mandamientos, tradiciones, rituales y costumbres para mantener a las ovejas en línea. Mucha predicación legalista no es otra cosa que una muestra de frustración por parte de

los predicadores, porque no ven que la gente crece o se perfecciona a la velocidad que ellos quisieran.

Por otro lado, mucha gente está cómoda en ese tipo de iglesias, porque no tienen que tomar ninguna decisión, no tienen que resolver su vida y no tienen que ser responsables de sus comportamientos, quehaceres y labores. Todo lo decide el líder al cual idolatran más que a Jesucristo. Nunca aprenden a experimentar la guía del Espíritu Santo por sí mismos; para eso está el ungido que habla directamente con Dios. El resto es tribuna que aplaude, sirve, idolatra y no tiene vida espiritual propia.

No podemos dejar de añadir que hay otros que predicán un evangelio legalista y enjuiciador porque no conocen otra cosa o porque sinceramente están convencidos de que esa es la mejor forma de agradar a Dios. Estas son las personas que tienen posturas intransigentes; con los cuales es mejor ni tratar de dialogar a causa de su fanatismo religioso, porque no hay nada que los haga cambiar de opinión. Solo una experiencia como la que tuvo Pablo en el camino a Damasco puede revelarles a estas personas la verdadera gracia de Dios.

Debemos comprender en el mundo espiritual que es “La vida” la que hace funcionar a una persona de forma espiritual. No son los dogmas, las doctrinas, las tradiciones, las costumbres ni los rituales. Es “La vida que fluye de nuestro interior” producto de una intimidad verdadera con el Señor. Esa vida hace que manifestemos los frutos del Espíritu

y el carácter de Cristo. Y el que tiene al Hijo, tiene la vida, dice el apóstol Juan.

No se puede, bajo ningún concepto, hacer girar la iglesia alrededor de un líder o institución, no importa el cargo que ocupe ni los años que tenga el ministerio.

Dejemos de pisotear la sangre de Cristo; Él compró la iglesia con su sangre, por consiguiente, la iglesia debe girar alrededor de Cristo porque Él es la Roca sobre la cual fue fundada. Él la compró con su propia sangre.

Por consiguiente, una iglesia que fluye bajo la gracia del Señor y el mover del Espíritu Santo siempre tendrá como meta acercar cada vez más a las personas a una relación de intimidad con Cristo.

La Ley provee el diagnóstico, la Gracia provee el remedio:

Podemos relacionar la ley y la gracia de esta forma. Ya hemos dicho que es por medio de la ley que viene el conocimiento del pecado. No queda lugar a dudas de que la ley tiene un papel muy importante aun en la vida del creyente.

La ley puede diagnosticar cuál es la enfermedad (o sea el pecado), pero no puede curarla. Mientras más trate de curarse el paciente (pecador) por medio de la ley, más enfermo se va a sentir. Aquí es donde entra en función la operación de la gracia. Sí, la ley es necesaria porque diagnostica el pecado; mucho mejor que vayamos a

Jesucristo para recibir la sanidad, para que Él nos cure con su gracia. Es como si nuestro cuerpo tiene fiebre; la podemos bajar con una aspirina, pero no estamos atacando la raíz del problema: la infección.

Entendemos muy fácilmente esto en la vida del pecador. Pero, ¿cómo se aplica en la persona que ya es salva? Hay un error prevaleciente entre muchos cristianos, que creen que, porque ya son salvos, no tienen que saber cuáles son las exigencias de la ley de Dios. Cada persona salva debe estar bien al tanto de cuáles son los mandamientos de Dios.

No es que va a vivir en esclavitud a la ley; sino que necesita la ley para saber cuándo el pecado se está enseñoreando de él. Con esta declaración no estoy argumentando que el creyente guarde la ley para ser justificado. Solo estoy diciendo que, por medio de la ley, él sabrá lo que es pecado. Después del diagnóstico de la ley, el creyente tiene que correr al mismo lugar al que corrió cuando no era salvo, la cruz de Cristo, para recibir su gracia.

Tiene que dejar de mirarse a sí mismo y colocar su mirada en Aquel que es fiel y justo, y a causa de Su fidelidad y justicia puede perdonarnos y limpiarnos de todo pecado y de toda maldad. Debemos comprender algo: esta medicina nunca falla y está disponible las 24 horas del día a todo aquel que se acerque con humildad y sencillez de corazón.

“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue

tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”

Hebreos 4:15 y 16

¿Por qué seguir con fiebre y no atacar la infección, cuando tenemos al Médico Divino que ha prometido curarnos de todo pecado y rebelión, si solo venimos a Él con fe? Hay bálsamo en Galaad.

Capítulo seis

LOS QUE ADULTERAN LA VERDAD PARA OCULTAR LA GRACIA

Oswaldo Rebolleda

“Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios”

Hechos 20:24

Por alguna extraña razón, el evangelio lleva más de dos mil años predicándose sin causar la transformación que sabemos puede producir. La iglesia del primer siglo tenía un poder transformador que no se volvió a repetir sino sólo por algunos pequeños avivamientos y es extraño, porque la lógica sería que durante tantos años que han pasado, hubiéramos mejorado, perfeccionado y madurado el verdadero evangelio.

Teniendo en cuenta que en esa iglesia temprana, sin medios de comunicación, ni sistemas de crecimiento, lograron trastornar y transformar las ciudades, deberíamos hacernos una pregunta: ¿Cuál era el secreto o el método que utilizaron?

Los apóstoles pudieron transformar ciudades enteras, porque Dios respaldaba su mensaje. Creo que, si el mensaje es el correcto, no sólo recibe el respaldo de Dios, sino que también recibe los ataques de las tinieblas. Eso es genial, porque si no hay ataque, es que no estamos haciendo o diciendo nada que incomode al enemigo.

Lo maravilloso del evangelio del Reino, es que el enemigo lo puede atacar de mil maneras, incluso persiguiendo y matando a cristianos, sin embargo, cuando el mensaje es el correcto, no tiene forma de detenerlo, porque no se trata de una predicación sino de una vida, expresada con toda plenitud.

Hay un riesgo al predicar un mensaje no adulterado, pero sin dudas Dios lo respalda y puede propagarlo como el fuego sobre la hierba seca. El enemigo, por su parte, tratará de detenerlo con un ataque frontal, sin embargo si no obtiene resultados, intentará hacerlo infiltrando una cuota de religiosidad que contamine la gracia y con eso puede obtener lamentables resultados.

Podemos ver que aun los apóstoles cayeron en la duda sobre aquellas cosas que debían guardar de la ley y las que no, ellos lucharon para romper un paradigma instalado durante muchos años en sus conciencias, pero sin quererlo, en varias ocasiones se les metió la religiosidad.

La batalla entre la religión y Cristo se volvió aún más intensa en el libro de Hechos que en los mismos evangelios

y tengamos en cuenta que a Cristo lo crucificaron los religiosos, porque Roma hizo el trámite, pero fueron los religiosos los que lo acusaron falsamente. El Reino sufre violencia y la seguirá sufriendo, porque los violentos quieren impedir que Dios gobierne (**Mateo 11:12**).

No hay un ataque a las palabras, hay un ataque al mensaje de la gracia, que no es precisamente una predicación, sino la vida misma, que incluye palabras.

“Un ángel del Señor abrió de noche las puertas de la cárcel y conduciéndolos afuera, dijo: Id, y puestos en pie en el templo, hablad al pueblo todas las palabras de esta vida...”

Hechos 5:19 y 20

¿Qué vida? La vida que no puede ser retenida, la vida del Reino, la vida de gracia y no la práctica de una religión. Ante esto, debo confesar como ministro itinerante que, en un alto porcentaje, el evangelio ha sido mal vivido y predicado en muchas congregaciones, y por esto el mundo no ha experimentado el impacto que la iglesia ha debido producir.

Los cristianos, no hemos desarrollado el máximo de nuestro potencial espiritual, por no haber predicado un evangelio libre de religiosidad, un evangelio de gracia. Creo que muchos han tenido miedo de hacerlo por el riesgo que implica el mensaje de la gracia, pero debemos resolver esto con una mentalidad de reino y debemos hacerlo lo antes posible. Incluso a costa de correr algunos riesgos.

¿Cuál es el verdadero riesgo que vale la pena correr? Es el riesgo que se genera por causa de predicar una palabra revelada de Dios a la gente. De allí en más, todos los demás riesgos son muy bajos.

Juan el Bautista predicó un mensaje revelado para su tiempo y le terminaron cortando la cabeza, Jesús predicó un mensaje revelado a sus seguidores y lo terminaron crucificando. A Pablo también lo decapitaron y al resto de los apóstoles los mataron de manera cruel, como a muchos hermanos. Sin dudas, la predicación del evangelio de la gracia no es para cualquiera.

“Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios”

2 Corintios 4:1 y 2

Pablo dice que debemos renunciar a la astucia y al ocultismo que viene de una palabra adulterada. Él dijo tener cuidado de sí mismo y hacer todo lo necesario para no quedar descalificado después de haber enseñado a otros (**1 Corintios 9:27**).

Pablo se gloriaba de no haber adulterado el evangelio de la gracia. Él manifestaba su permanente inseguridad personal y su incapacidad carente de méritos. Él se humillaba

al declarar todas las cosas por basura. Cosas entre las que estaban el haber estudiado con gran afán y dedicación las Escrituras, nada menos que a los pies de un renombrado maestro judío como lo fue Gamaliel.

Cualquiera diría que tanto estudio y conocimiento escritural le hubieran servido para ser un excelente siervo de Dios, sin embargo, pensando que efectivamente ejercía un buen servicio, sólo estaba pegando patadas contra el Señor. Cuando perseguía cristianos para matarlos, Dios le salió al cruce y le dijo: *“Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón”* (Hechos 9:5). Es decir, toda su capacitación, sólo fueron méritos personales, pero no le sirvieron para alcanzar la verdad y él lo sabía.

Pablo no levantó fortalezas al mensaje del reino y procuró no mezclar su anterior conocimiento, con el mensaje revelado en la presencia del Señor. Él mismo nos instó a través de la carta a los corintios a derribar argumentos, fortalezas y altiveces que pudieran levantarse contra el conocimiento de la voluntad revelada de Dios (**2 Corintios 10:5**). Él mismo dijo que debíamos renovar nuestra mente, en el entendimiento de la palabra de Dios, para que podamos comprender cuál sea su voluntad, buena, agradable y perfecta (**Romanos 12:2**).

Ante esta actitud, el Señor, dejó ministrar a Pablo el evangelio bajo la franquicia del Reino, y aun pudo llegar a denominarlo como: “Mi evangelio”. Los motivos de la inseguridad personal y la humillación de Pablo fueron por su

vida pasada y la persecución que realizó a la Iglesia del Señor. Sin embargo, su encuentro con el Cristo resucitado y una visita al tercer cielo cambiaron para siempre su revelación de la Palabra.

Pablo en su primer encuentro con Cristo quedó ciego, pero sus ojos espirituales se abrieron y pudo ver su terrible error, entonces descubrió la Gracia inagotable y maravillosa. Luego caminó con temor de no deslizarse de esa gracia y amonestó a otros ministros de la Palabra, como al apóstol Pedro, a quién exhortó públicamente, porque a través de un evangelio adulterado estaba llevando a los gentiles a judaizar.

“Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?”

Gálatas 2:11 al 14

Sin dudas Pablo fue el apóstol de la gracia, el hombre que recibió el evangelio por revelación celestial, el que tuvo un encuentro con el Cristo resucitado. Esto queda en evidencia por sus escritos, ya que de las 155 veces que

aparece la palabra gracia (*járis*) en el Nuevo Testamento, 100 casos tienen lugar en sus cartas.

Pablo se reconoce a sí mismo, como una obra de la gracia de Dios, tanto él, como su trabajo apostólico. ***“Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí la iglesia de Dios. Empero por la gracia de Dios soy lo que soy: y su gracia no ha sido en vano para conmigo; antes he trabajado más que todos ellos: pero no yo, sino la gracia de Dios que fue conmigo”*** (1 Corintios 15:9 y 10)

Así, pues, todo lo que nos encontramos en la vida y en el apostolado de Pablo es reconocido por él como regalo y obra de Dios. Pues ése es precisamente el significado básico del término. Es gracia lo que se regala, lo que se da sin merecerlo y sin que se pida nada a cambio. Por eso puede decir el apóstol que en el fondo no es él el autor de su trabajo: ***“No yo sino la gracia de Dios que está conmigo”***.

Pablo enseñaba a tomar conciencia a todos de haber recibido todo don, sin mérito personal o alguna obra de justicia. De hecho, cuando Pablo cura la herida abierta en su relación con la comunidad de Corinto, les argumentó diciendo: ***“¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si realmente lo has recibido ¿por qué te enorgulleces como si no lo hubieras recibido?”*** (2 Corintios 4:7). Esto lo hacía dejando en claro, que ni él, ni nadie eran merecedores o poseedores de algún don por mérito humano.

Más aún, pudo llegar a decir que ni siquiera su vida era ciertamente su vida de verdad: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”*** (Gálatas 2:20). De tal manera, Pablo reconocía que nada de lo que era o tenía, podía ser atribuido a una virtud personal.

Lo que más vinculaba Pablo de su vida a la obra de la gracia es el haber sido llamado por Cristo siendo un perseguidor de la iglesia. Así lo manifestó en la carta a los gálatas cuando trataba de legitimar su actuación y su predicación del evangelio frente a otros cristianos procedentes del judaísmo para quienes la observancia de la religión judía en su totalidad era necesaria para la existencia cristiana. Precisamente la predicación de Pablo se legitima por tener su origen en una actuación graciosa de Dios, es decir regalada nada más y nada menos que a quien era perseguidor de los cristianos.

Es como si Dios hubiera probado a través de Pablo que la gracia no sería gracia, si eligiera lo mejor. Por eso dice: ***“Lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia”*** (1Corintios 1:27 al 29).

Pablo siempre hizo mucho hincapié en reconocer la gracia de Dios, porque según él, la gracia se puede anular,

viviendo como si la obra de Dios dependiera de nosotros. Los hijos de Dios, tenemos todo otorgado en Cristo y fuera de Él no tenemos nada. Nosotros no vivimos haciendo cosas para conseguir algo, sino porque ya lo hemos conseguido todo en Cristo.

No sería verdad que Cristo nos ha reconciliado con el Padre si fuéramos nosotros los que tuviéramos que alcanzar todavía esa reconciliación. Hay algunos predicadores que no dejan en claro si ya tenemos todo en Cristo, o todavía tenemos que hacer algo para conseguirlo. Ese evangelio mete presión a las personas y deja en manos humanas aquello que sólo debe funcionar a través de la gracia divina.

Según Pablo, hay quienes buscan conseguir la bendición de Dios con su actuación personal y a ellos les dijo: *“De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído* (Gálatas 5:4).

Ahora bien, si esto es así ¿qué sentido tiene y qué razón la actuación del hombre? Pablo sabe que en su situación de hombre en Cristo está ya transformado por la gracia y que sus obras de hombre nuevo no brotan mandadas o forzadas desde fuera, es decir, por la ley, sino generadas desde dentro, desde su corazón nuevo renovado por la gracia de Dios (**Romanos 6:2**). Así con todos nosotros.

Las buenas obras del hombre no consiguen el perdón de Dios, sino que, por el contrario, son expresión de que el hombre ha sido perdonado y transformado. La buena

actuación del hombre no consigue la salvación, sino que haber sido salvado es la causa de que el hombre pueda actuar bien.

Eso significan las buenas obras del nuevo hombre. Bien claro lo dice Pablo: ***“Ni circuncisión ni incircuncisión significan algo, sino criatura nueva”*** (Gálatas 6:15). Por eso nadie puede gloriarse, ya que nuestras obras no consiguen la gracia de Dios, sino que sencillamente la manifiestan.

La forma de hacerlo, además de la salvación y la posición de hijos, es a través de la pluralidad de los dones. Aunque es verdad que Pablo utiliza siempre el término gracia en singular y nunca en plural, la gracia recibida es pluriforme. Por tanto, podemos decir que la gracia es Jesucristo, Él es la gracia total. Sin embargo, a través de Él, recibimos muchos regalos: ***“De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada...”*** (Romanos 12:6).

Me parece que todavía queda por apuntar un aspecto importante de la obra de la gracia en la que Pablo también hubo de ser enseñado y son los padecimientos, las pruebas y los procesos. Estos también son parte de la gracia maravillosa de Dios. Hoy no se predica considerando las adversidades como parte de la gracia, pero lo son. Predicar que gracia incluye sólo lo bueno, también es adulterar su esencia.

En ese contexto Pablo nos atestigua una dificultad de su vida personal:

“Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí.

Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”

2 Corintios 12:7 al 9

No sabemos en concreto qué fue ese aguijón en su carne, hay cierta controversia teológica al respecto y no me interesa entrar ahí, solo creo que se trató de alguna enfermedad. Esto hacía que Pablo no pudiera ensoberbecerse pues cada tanto algo le recordaba su débil condición. Y Pablo pide a Dios verse libre de esa espina, pero el Señor le dijo: ***“Bástate mi gracia...”***

Pablo aprendió desde su primer encuentro con Cristo en el camino de Damasco a reconocer el poder de Dios y de su gracia, cayó desorientado y ciego, fue perseguido, apedreado, encarcelado, azotado, apaleado, despreciado, traicionado, sufrió un naufragio, lo picó una serpiente y vaya uno a saber cuántas cosas más le ocurrieron, de las cuales no escribió. Sin dudas la gracia maravillosa de la que tanto escribió, incluía ciertos padecimientos, pero Pablo nunca se quejó de eso; por el contrario, cuando en el ocaso de su vida dijo estar acabando la carrera, no sólo estaba encarcelado, sino que estaba a las puertas de que cortaran su cabeza.

Al final, Pablo comprendió y pudo enseñarnos a todos que la gracia incluye todos los beneficios y todos los procesos, siendo la muerte la mayor corona de esa gracia. ***“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”*** (Filipenses 1:21).

Lamentablemente, por causa del evangelio adulterado, falta de verdadera gracia, no se comprenden los procesos de dolor, la muerte y tampoco el martirio. Todo esto es parte de la gracia maravillosa de Dios y si pudiéramos dimensionar esto veríamos que, en la gracia, nunca se pierde:

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó”

Romanos 8:35 al 37

Personalmente creo que el evangelio de hoy no será un evangelio efectivo, hasta tanto Dios trabaje en nuestras conciencias, limpiándonos de toda contaminación religiosa. La impronta recibida y la formación teológica de muchos pastores y líderes ha sido permeada por caudales carentes de gracia, tanto para enseñar que no es por mérito o fuerza humana, como para enseñar que las adversidades y la muerte son la corona de toda gracia.

Que se nos revele Cristo y el evangelio sin adulterar será lo único que nos garantice el éxito en la tarea que Dios nos asignó.

“Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos.”

2 Corintios 4:5 al 10

La revelación de la gracia nos permitirá comprender, que nuestros conocidos, amigos o familiares no necesitan ir a una reunión de culto, sino que necesitan recibir por nuestra vida un evangelio no adulterado. Que ellos puedan ver en nosotros la gracia de Dios. No sólo por todos los beneficios recibidos, sino por la fortaleza que manifestemos al transitar toda situación de adversidad. Estoy convencido de que, si la gracia se nos revela con toda plenitud, hablaremos y actuaremos de tal manera que el resultado será sobrenatural y extraordinario.

Una vez más: ¿Cuál es el verdadero riesgo de una iglesia con mentalidad de Reino? La comunicación, la proclamación y la exposición de un evangelio de gracia. Esto parece lógico y fácil porque siempre asumimos que es nuestra asignación. Sin embargo, el desafío es poder hacerlo sin adulterar su esencia a conveniencia nuestra o de la gente.

Una persona que gestiona en su vida el evangelio no adulterado no puede permanecer por mucho tiempo en una misma condición, cambiará su posición de manera continua, pudiendo avanzar a la plenitud de vida con toda seguridad. Sin embargo, creo que: “No habrá plenitud de vida si no hay plenitud de gracia...”

Dios nos habla a nosotros en este tiempo y por el Espíritu que debemos aprovechar a vivir lo que otros desearon y no pudieron. Somos privilegiados de vivir los tiempos de gracia que vivimos con el Señor, pero si no lo sabemos por carecer de la revelación correcta o por el evangelio adulterado, entonces nos perderemos las mayores virtudes que Cristo conquistó para nosotros.

“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos.

A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son

anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles”

1 de Pedro 1:10 al 12

Pedro dice que los profetas inquirieron y diligentemente indagaron, esto significa algo así como perforar con desesperación hasta encontrar agua. Que no es precisamente sólo leer la Biblia, sino buscar y buscar hasta llegar a los misterios escondidos en Cristo. Es algo así como Ester llegando al trono del rey o la mujer cananea pegando gritos ante Jesús, o Bartimeo rogando, suplicando, tirando la capa y corriendo...

Los profetas y los héroes de la fe fueron hombres que pudieron asomarse a los misterios de la gracia y se maravillaron tanto por ella, que preguntaron a Dios quiénes vivirían semejante cosa y Dios les dijo que no era para ellos, sino que para nosotros administraban el mensaje. Es curioso, porque nosotros admiramos mucho sus hazañas, sin embargo, ellos hubieran dado todo por tener lo que nosotros tenemos hoy: la gracia.

Pedro mismo que después de haber negado a Jesús, recibió la gracia, enseñó:

“desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor”

1 de Pedro 2:2 y 3

Debemos extremar todos los cuidados, porque el espíritu de la religión procura adulterar la verdadera Palabra de la gracia de Dios. Permítame compartirle una historia que tenía escrita en un cuaderno y no tengo registro de donde la he tomado, sin embargo, me gustaría compartirla en este capítulo:

Un joven llamado Ramón, desarrolló un inmenso amor por las Escrituras y la lectura bíblica diaria. El sacerdote que lo estaba echando de menos en la parroquia, decidió ir a verlo para hablar con él. Al encontrar que Ramón estaba leyendo su Biblia, le dijo sorprendido: ¿Por qué estás leyendo tu Biblia, acaso no sabes que es peligroso leer ese libro sin un entendido que te la pueda explicar?

Seguro, dijo el joven, recién leí lo que escribió el apóstol Pedro, al decir, ***“Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada”***; y de seguro que yo soy un recién nacido, y yo tengo hambre por la leche de la Palabra de Dios. Ah, sí, dijo el sacerdote, pero el Todopoderoso ha designado a los sacerdotes y al clérigo como los lecheros. Nosotros tenemos que tomar la leche y dártela a ti en la cantidad que necesites. Solamente los sacerdotes pueden obtener la leche de la Palabra de Dios para ti.

El joven pensó por un momento y dijo, Sabe, yo tengo una vaca en el establo, y hace algún tiempo yo estuve enfermo, así que contraté a un hombre para que ordeñara la vaca, pero pronto descubrí que él se estaba robando la mitad de la leche reemplazándola con agua al llenar los cántaros. Y

por supuesto que era una leche de mala calidad la que estaba recibiendo. Pero ahora estoy ordeñando yo mismo mi vaca, y estoy obteniendo excelente leche sin agua. Sin más, el sacerdote se retiró chillando sus dientes...

Más allá de nuestro imaginario joven, nosotros debemos saber que: “Somos lo que comemos” y es muy importante ser alimentados correctamente para una vida espiritual efectiva. Es verdad que Dios asignó dones a la Iglesia para obtener mayor efectividad en la impartición de su verdad, dando entendimiento a los apóstoles, profetas, pastores, maestros y evangelistas, y debemos entender que ése es un diseño divino, debemos tener eso muy en cuenta, pero siempre debemos depender del Espíritu Santo que es quien nos conduce a toda verdad y justicia.

El Espíritu Santo nos hará saber si algo está mal en la enseñanza que estamos recibiendo. Esto no implica ignorar dichos ministerios, ni caminar bajo un espíritu de sospecha, sino procurar el discernimiento espiritual verdadero para detectar cualquier error y caminar así bajo la impartición correcta, sin manipulación, sin intimidación, sin amenazas, sólo con el verdadero mensaje de la gracia.

Hoy es muy común que los hermanos miren a través de las redes sociales o canales de comunicación como YouTube a diferentes predicadores y está bien, nadie tiene el derecho de evitar eso. Sin embargo, debemos tener sumo cuidado y hacerlo con discernimiento espiritual, porque en la red hay mensajes extraordinarios para edificar correctamente

nuestra vida, pero también hay otros perversos y diría sin temor a equivocarme, que también diabólicos.

Nosotros no somos jueces para juzgar a los ministros que puedan estar caminando en el error; muchos de ellos, aunque estén haciendo mucho daño, son víctimas de un sistema que los impartió con la enseñanza incorrecta y, fieles a ese evangelio adulterado, siguen afectando para mal a mucha gente. Sin embargo, Dios siempre sigue teniendo el control.

No somos nosotros los encargados de hacer justicia al respecto, sólo debemos saber discernir y elegir conforme el Espíritu Santo nos guíe. No somos víctimas, somos responsables de vivir la gracia y no permitir que nadie nos meta una cuota de religiosidad. Asumiendo también que la gracia no es licencia para pecar (**Romanos 6:1**).

La gracia es un derecho reservado de Dios que se la revelará a quien se la desee impartir, pero nadie tiene el derecho de enseñarla incompleta, ni como una teoría, ni con agregados humanistas, simplemente porque dejará de ser gracia.

Nos hará falta una eternidad para entender completamente la gracia de Dios y por qué motivo Él nos amó de tal manera, pero eso no debe impedirnos que la celebremos y la vivamos con toda intensidad. ¿Por qué es tan importante que vivamos el evangelio de la gracia y no adulteremos su esencia? Porque la gracia es Jesucristo.

El infierno podrá esperar a cualquiera, pero nunca a un pecador que entendió la gracia. La disciplina de la gracia es predicarnos todos los días a nosotros mismos que estamos en la gracia, sin adulterar esa verdad.

“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”

Hebreos 4:16

Capítulo siete

LA RELIGIÓN: BENDICIÓN O ATADURA

Rodolfo Arnedo

Las religiones se forman para satisfacer las necesidades espirituales y existenciales humanas. El futuro es desconocido; por consiguiente, no podemos controlarlo ni manejarlo, lo cual nos causa ansiedad e impotencia respecto a lo que va a suceder con nosotros. Esa incertidumbre muchas veces provoca pánico; especialmente para muchas personas, el temor a la muerte puede tornarse insoportable.

Necesitamos resolver qué pasará con nosotros en el más allá. Muchos buscan una religión que les brinde cierta seguridad ante la incertidumbre de lo desconocido. Si ese tema está resuelto, aparecen otros vinculados al diario vivir.

¿Qué le da sentido a la existencia? ¿Para qué estamos en esta vida? Si resolvemos estas preguntas, tendremos las fuerzas y la motivación para encarar otras necesidades en nuestra vida. La religión también ofrece consuelo, contención y fuerzas para luchar ante las vicisitudes del mundo actual. A continuación, aparecen otras necesidades vinculadas a la realización personal, como por ejemplo:

pertenencia, aceptación, aprobación, identidad, baja autoestima, rechazo, abandono, inseguridad, economías en crisis; en fin, la lista puede ser mucho más larga.

Todo esto y mucho más busca dar respuesta el "supermercado de la fe", denominado religión. Desde ya adelante que todo lo mencionado y aún lo inimaginado, lo verdadero, lo sobrenatural, está resuelto en un encuentro personal con Cristo. ¿Por qué? Porque Él no es una religión, es la vida, y la vida es la luz que todos necesitamos para estar completos, sanos y empoderados para vivir en el mundo, pero sin ser del mundo.

“El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.”

1 Juan 5:12

Primero debemos entender cómo comienza nuestra vida cristiana:

“Como está escrito: No hay justo, ni aún uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios.”

Romanos 3:10

“Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados.”

Efesios 2:1

Estos pasajes nos muestran que no hay obras de justicia que pudiéramos hacer o entender con nuestra mente natural

para conseguir una reconciliación con Dios. Por otro lado, estábamos muertos espiritualmente y moralmente descalificados para tener una revelación del mundo espiritual. Desde ya, nos queda muy claro que nunca estuvo a nuestro alcance acercarnos a Dios y encontrar una reconciliación a causa de la pared del pecado.

Estos pasajes nos muestran la iniciativa de Dios:

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero.”

Juan 6:44

“Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre.”

Juan 6:65

“Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera.”

Juan 6:37

“Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.”

Juan 6:40

“Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.”

Juan 16:8

Aquí vemos claramente que el Padre toma la iniciativa de llevarnos al Hijo, y el Espíritu Santo nos convence de pecado. Jesús es enfático: si no fuera así, podríamos ir a Cristo por nuestra propia voluntad e iniciativa, de una manera religiosa, cuentapropista, autogestionada y mediante nuestra propia justicia. Pero dice Jesús: ***“Ninguno puede venir a Mí, si el Padre no le trajere.”***

Nos acercamos a Cristo solo cuando el Padre nos lleva a Él. Esto quiere decir que cuando el Padre nos revela a Cristo y se hace una experiencia viva por medio del Espíritu Santo, entonces fluye la vida espiritual.

A Cristo se accede no por un proceso exterior del razonamiento mediante pruebas, argumentos o postulados, ni por un proceso sentimental de las emociones, sino por un proceso interno, subjetivo e íntimo que realiza el Espíritu Santo y se transforma en una experiencia única e irrepetible. El tiempo y las vivencias de intimidad y comunión con Él la hacen cada día más real.

“Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.”

Romanos 10:10

“Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones...”

Efesios 3:17

Un hombre no se enamora de una mujer por un acto de reflexión o racional, por una argumentación y una conclusión. Se enamora por un encuentro vivencial y una experiencia real, dinámica y cargada de vida. Puede que al principio haya buena onda, pero en realidad lo enamora su forma de ser, de manejarse, de ver la vida; en fin, es una vivencia. Luego de esa vivencia, y desde el interior de esta, se acude a la razón y a la reflexión para verificar, autenticar y acondicionar ese amor.

Lo mismo ocurre con Cristo. Debemos vivirlo desde una experiencia relacional, personal, dinámica y por revelación dada por el Padre a nuestro corazón. Dios no puede ser conocido por nuestro mundo racional, pensante o sentimental. Antes de conocer a Dios, debemos reconocerlo en nuestras vivencias diarias, a través de sucesos que vivimos, a través de otras personas y por Su misma forma de darse a conocer.

Es así como el hombre se hace creyente: acogiendo el accionar de Dios a nuestro favor, descubriéndolo en Su Palabra y por medio de una palabra, verificando y acondicionando esa experiencia que es nuestra y única. Dios nos muestra Su gracia, y nosotros, por medio de la fe, la acogemos en nuestro corazón. Y esto no es algo que podamos producir; proviene directamente de Dios. A pesar de nuestra humanidad caída y nuestra muerte espiritual, Dios nos busca por pura gracia y misericordia.

“He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.”

Salmo 51:5

“Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.”

Efesios 2:1 al 3

Dios no solo quiere salvar espiritual y eternamente al ser humano, también quiere perdonarle todos sus pecados y reconciliarlo con Él. Anhela una relación de intimidad y amor. Entonces toma la iniciativa de enviar a Su Hijo a realizar una tarea sobrenatural, titánica, fuera de toda lógica humana: morir a favor de toda la humanidad siendo Él inocente y sin culpa alguna. Vino a derramar su sangre eterna para limpiar los pecados de todo aquel que cree en esa obra y reconciliarlo con Dios definitivamente.

Jesucristo nos reemplaza a nosotros, que estábamos bajo juicio de Dios a causa de nuestras iniquidades, transgresiones y pecados. No teníamos cómo pagar el perdón ni la culpa; no teníamos cómo saldar una deuda que viene desde Adán. Todo lo que pudiéramos pensar que ayudaría no

alcanza. A Cristo se le imputó todo nuestro pecado, y a nosotros toda su justicia. Refiriéndome a los intentos del hombre para justificarse delante de Dios o creerse en condiciones de ser merecedor por esfuerzo propio de una salvación eterna, viene a mi mente la historia del joven rico:

“Un hombre principal le preguntó a Jesús: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le respondió: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino solo Dios. Conoces los mandamientos: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre. Él replicó: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. Jesús, oyendo esto, le dijo: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Cuando el hombre oyó esto, se puso muy triste, porque era muy rico”.

Lucas 18:18 al 23

Aquí vemos a un hombre que intenta ganarse la aprobación de Jesús guardando la ley. Como siempre, el hombre apela al esfuerzo y la fuerza de voluntad personal, algo externo, y relacionado con el buen comportamiento, pero no con las intenciones y motivaciones del corazón. Es como si el problema fuera la conducta y no la distorsión de un corazón retorcido.

El joven, en su orgullo, pensaba: "Tengo con qué hacerme valer para ganarme la aceptación y la aprobación de Jesucristo. Es más, guardando la ley tengo los méritos

suficientes para obtener la vida eterna." Pero Jesús, que ve mucho más allá, se da cuenta de la avaricia que había en su corazón. Ahí estaba el problema, no en su conducta, sino en su corazón, por eso dice el relato: ***“oyendo esto, se puso muy triste, porque era muy rico”*** (Lucas 18:23).

Todos nos convertimos hasta que nos tocan el bolsillo. Porque normalmente el dinero, las posesiones y los bienes, que no son malos en sí mismos, tienen conexión con nuestro corazón. El ser humano, en su omnipotencia, orgullo y atrevimiento, intenta llegar a Dios por sus propios medios, tomando iniciativas que Dios no le pide. Esa iniciativa se llama actos religiosos.

Analicemos juntos un pasaje donde se produce una ruptura violenta entre la religión y la fe. Entre lo que el hombre ofrece y lo que Dios demanda:

“Pueblo mío, ¿qué te he hecho, o en qué te he molestado? Responde contra mí. Porque yo te hice subir de la tierra de Egipto, y de la casa de servidumbre te redimí; y envié delante de ti a Moisés, a Aarón y a María. Pueblo mío, acuérdate ahora qué aconsejó Balac rey de Moab, y qué le respondió Balaam hijo de Beor, desde Sitim hasta Gilgal, para que conozcas las justicias de Jehová. ¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agrada Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi

alma? Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios”.

Miqueas 6:3 al 8

El profeta Miqueas se alza contra el pueblo de Israel, se alza contra los hombres religiosos de Israel para abrirles un espacio distinto, el espacio de la comunión con Dios y sus hermanos. Sin embargo, solo vemos a un pueblo acorralado entre la religión y la fe.

“Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios”.

Miqueas 6:8

La religión apela al orgullo del hombre para calmar a un Dios molesto con su pueblo.

“¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo?”

Miqueas 6:6

El pueblo tiene miedo a causa de sus transgresiones e iniquidades, ya que sus hechos provocan la ira de Dios, y ahora hay que aplacarlo. ¡Tomemos la iniciativa de hacer algo!

Hay que aplacar el furor de Dios de alguna manera; tenemos que compensar el pecado y pagar por ello. De esta manera, tendremos una nueva mirada de Dios hacia nosotros, una actitud favorable de parte de Dios hacia nosotros.

La situación es grave y tensa; hay que calmar a un Dios irritado por el pecado. Hay que detener el furor de un Dios airado y que vuelva a bendecirnos.

¿Habrà que llegar hasta ahÌ para compensar el mal y liquidar el pasado para estar a cuentas con Èl? ¿Habrà que hacer todo esto? **Miqueas 6:6 y 7**

Es como si dijeran: ¿Qué podemos hacer para calmarlo? ¿Qué vamos a ofrecer? ¿En qué podemos actuar? ¿Cómo nos vamos a presentar delante de èl y qué vamos a ofrecer? Cualquier cosa menos humillarse y arrepentirse por lo mal que habÌan actuado. Y allÌ comienzan una serie de ofrecimientos externos:

- Holocaustos
- Becerros de un aÌo
- Millares de carneros
- Diez mil arroyos de aceite
- Nuestros primogénitos
- El fruto de nuestras entrañas

Necesitaban compensar la culpa y la condenaci3n; sus conciencias estaban llenas de acusaciones, y todo lo que ofrecÌan estaba fuera de ellos. Ese era el problema y ellos no

lo veían. Buscaban una salida para zafar del momento difícil, en vez de arrepentirse y humillarse buscando un cambio de corazón.

Me da la impresión que la desconexión era de tal magnitud, que funcionaban en frecuencias equivocadas y distantes. Ellos ofrecían una cosa, Dios demandaba otra. Estaban tan encerrados en sí mismos que no podían entender a Dios.

Me recuerda una fábula entre el cerdo y la gallina para colaborar con las personas en necesidad. La gallina le dice al cerdo que no estaban siendo de bendición para las personas que la estaban pasando mal. Entonces le propone que ambos debían dar algo por el bien de esta gente. Ella iba a poner los huevos, y el cerdo pondría la carne.

Ella ofrecía algo que no le demandaba sacrificio extremo, mientras que al pobre cerdo dar su carne le costaría la vida.

¿Cómo se forma una religión?

El hombre se hace consciente de un Poder Superior, un poder divino sobre su existencia, un poder que puede bendecirlo o castigarlo, y toma la iniciativa de organizar un medio para relacionarse con Él. Entonces organiza una religión, una idea, una búsqueda para entablar una relación con Dios.

El término latín "*religare*" significa: los intentos o las iniciativas que adopta una persona para ligarse o alcanzar a un ser superior. Por eso se trata de: Re (volver) Ligare (ligarse), volver a ligar lo que se había desligado.

La religión que organiza el ser humano lo hace tomando como base, o punto de partida, el modelo de las relaciones interpersonales que existen entre el débil y el poderoso.

El débil, o necesitado de piedad, misericordia o bendición, tiene que agradar, seducir y hacerse valer ante el poderoso. En otras palabras, debe hacer méritos para que el poderoso lo perdone y lo bendiga (**Miqueas 6:6**).

Piensa en algo externo que conmueva el corazón del Poderoso: holocaustos, becerros de un año, millares de carneros, diez mil arroyos de aceite y, por último, como un acto de extrema inmolación, sus primogénitos.

El hombre convierte la reacción ante el enojo y la desaprobación de Dios en una iniciativa propia nacida de su creatividad e ingenio, pero no de su corazón arrepentido.

Es una acción sobre Dios con miras a provocar en Él una reacción favorable y ventajosa para el hombre. Pero nunca detenerse a ver en qué está fallando, nunca repensar su camino, nunca tomar conciencia de lo mal que están sus actitudes, o humillarse para escuchar a ver qué quiere Dios.

Puesto que el hombre es débil y el Poderoso exigente y despiadado, he ahí que se acumula el pecado y la condenación sobre el hombre. Y es allí, en esa circunstancia, que el débil (hombre) trata de hacerse fuerte o impresionar al Poderoso (Dios) mediante actos externos, ritualistas y religiosos, para aplacar el furor de un Dios que está airado contra ellos.

Todos esos actos y rituales religiosos no nacen de una actitud de conversión del corazón, por el contrario, son externos y manipuladores porque están basados en el temor a ser castigados u olvidados por un Dios que es implacable, malo y represor, y no por amor a un Dios que nunca los ha abandonado y que siempre les ha querido hacer bien.

Con el pecado aumentan también el temor y las angustiosas tentativas, nunca acabadas, de pagar la cuenta pendiente para liquidar el pasado de condenación y fracasos, de acrecentar el valor de los sacrificios y rituales externos, para poder algún día, tal vez, el Poderoso sabrá cuándo, satisfacer sus demandas y exigencias. Así actúa y degrada la religión al hombre.

Pero esta religión no corresponde en absoluto a las miras del profeta, y mucho menos a las miras de un Dios que ama a su pueblo. No se están entendiendo. Dios dice y pide una cosa, y el pueblo responde lo opuesto. Operan en canales opuestos, diferentes y distantes.

Las demandas del profeta Miqueas son percibidas por el pueblo de un modo absolutamente equivocado; no eran para provocar el temor o la confrontación y relanzar una serie de actividades religiosas para volver a una relación sana con el Dios de sus padres.

La intención de Dios y del profeta es provocar en el pueblo el recuerdo, y el amor que Él sentía por ellos. La manera en que los cuidó y los guardó (**Miqueas 6:3 al 5**).

Lo que Dios y el profeta quieren es que el pueblo recuerde, reconozca y se convierta a otra cosa en su relación con Él, pero el pueblo no acepta, no reconoce, no valora y no entiende el amor y la justicia de Dios, por consiguiente, reacciona de manera orgullosa y egoísta.

La fidelidad de Dios a Sus promesas y a Su alianza para con Su pueblo no son entendidas, mucho menos Su justicia. El ejemplo típico del Antiguo Testamento lo vemos en los versículos citados arriba. Y en el Nuevo Testamento es la justicia y el amor de Dios en la muerte y resurrección de Su Hijo para con todos los que creen en Él. Es allí donde la justicia de Dios quedará plenamente revelada como Poder de vida a favor del hombre.

“Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera”.

Juan 6:37

“Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en Él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero”.

Juan 6:40

Dios espera que el hombre acoja, reciba y tome para sí. Que nunca deje de hacerlo, y nunca deje de reconocer que hay un Dios lleno de gracia y misericordia que lo busca incansablemente. Que se acuerde de esa relación de amor nueva y diferente que nace del mismo corazón de Dios, y no de una iniciativa humana especuladora, manipuladora, egoísta y religiosa.

El primero en actuar es Dios:

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero”.

Juan 6:44

“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé”.

Juan 15:16

“Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; más si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia,

por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado”.

Juan 16:7 al 11

El primero en actuar es Dios, el hombre ante Su amor y Su justicia reacciona, acoge y reconoce Su actuar. Entonces ya no es el hombre actuando de manera religiosa o tratando de hacerse valer ante Él, sino respondiendo, reaccionando y acogiendo la gracia que Dios le ofrece.

Es Dios mismo quien hace valer al hombre y le devuelve su dignidad sin recuerdos de sus pecados y consideración alguna de su pasado, de su condena o su pecado.

¡Ese es nuestro Dios!

¿Qué le pide Dios al hombre? Que acoja su justicia, su gracia y amor por medio de la fe, y que al mismo tiempo, prolongue y extienda hacia sus hermanos esa justicia y ese amor recibido. Es abrir a los demás el mismo espacio de amor y de vida que Dios nos abre a nosotros.

Actuar con justicia, amar al hermano y caminar con humildad eran los requerimientos de Dios para con Su pueblo. No tenían nada que ver con los ofrecimientos de su pueblo. Eran cuestiones de corazones cambiados y no de conductas religiosas (**Miqueas 6:8**).

- Hacer justicia
- Amar misericordia
- Humillarte ante tu Dios

¿Cómo sale el hombre de este laberinto entre religión o vida espiritual? Sencillamente, el hombre no puede y tiene que reconocerlo. No puede cambiarse a sí mismo interiormente. A Dios se lo conoce por revelación, y es cuando Dios mismo nos quita un velo para discernir Su poderosa gracia. Solo Dios en Su misericordia puede sacarlo del pecado, de la autodestrucción, del desorden interior y la perdición en que se encuentra. Pero en su terquedad, soberbia y egoísmo, lo intentará más de una vez infructuosamente.

El ser humano solo puede mirar a un solo lugar y hallar gracia y oportuno socorro, ese lugar es: La obra consumada en la cruz de Cristo.

“Y ahora hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados”.

Hechos 20:32

Capítulo ocho

GRACIA INJUSTA E INACEPTABLE PARA MUCHOS

Oswaldo Rebolleda

Sabiendo que Dios es totalmente justo, considerar la posibilidad de que la gracia sea injusta o exagerada, parece un atrevimiento absurdo, pero eso es exactamente lo que algunos creen. Vivimos en un mundo donde el mérito personal ciertamente produce resultados. Esto es lógico y está bien. De hecho, en el Reino, el mérito también es bien considerado y valorado, pero cuando hablamos de gracia el mérito no define nada. De hecho, “el hacer”, cuando es legítimo, también debe ser considerado como el resultado del impulso de la gracia.

Dentro del pensamiento social que nos contiene, encontramos algunas frases que sin dudas han marcado nuestra conciencia. Por ejemplo: “Al que madruga Dios lo ayuda”, “No hay ganancia sin esfuerzo”, “Al que quiere celeste que le cueste”, “Exige que te den lo que has pagado y que te paguen lo que has dado”, “A lo hecho, pecho...”, “Con paciencia el cielo se gana”, “El que las hace las paga”, “Quien mal anda, mal termina”, “Si quieres la fama, no te dé el sol en la cama.

Frases como estas, algunas de las cuales son algo graciosas y populares, generalmente nos expresan una verdad. En la general de la vida recibimos lo que hacemos. Si nos portamos bien, somos premiados y si nos portamos mal, somos castigados. Si estudiamos nos recibimos, pero si no estudiamos reprobamos. Si trabajamos cobramos y si no trabajamos no cobramos. Esta lógica, puede ser aplicada a todas las cosas de la vida y cuando es rota por algún motivo, se cuenta como injusticia.

Es decir, si alguien es premiado en su desobediencia, aprobado en su ignorancia o asalariado sin trabajar, se dice que claramente hay una injusticia. Nadie podría discutir esto; sin embargo, la gracia es recibir todo sin merecer nada y eso para muchos es complicado de comprender. ¿Cómo un Dios justo puede hacer llover sobre justos y pecadores? (**Mateo 5:45**).

“Todo acontece de la misma manera a todos; un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno, al limpio y al no limpio; al que sacrifica, y al que no sacrifica; como al bueno, así al que peca; al que jura, como al que teme el juramento. Este mal hay entre todo lo que se hace debajo del sol, que un mismo suceso acontece a todos, y también que el corazón de los hijos de los hombres está lleno de mal y de insensatez en su corazón durante su vida; y después de esto se van a los muertos”.

Eclesiastés 9:2 y 3

Yo creo que, en el fondo de nuestros corazones, quisiéramos leer que no acontece a todos por igual. Que a los justos todo les sale bien y sufren menos, pero que a los impíos todo les sale mal y sufren mucho. Sin embargo, sabemos que no es así. Y no solamente porque lo dice la Escritura, sino porque lo vemos a diario.

Hay gente buena o niños inocentes que mueren sin merecer, mientras que hay gente malvada, asesinos o perversos que se gozan en salud y después de vivir toda una vida en vicios llegan a viejos siendo vigorosos.

Hay mucha gente trabajadora y honesta que vive muy mal, que sufren necesidades de todo tipo, mientras que hay algunos otros delincuentes, estafadores y corruptos que viven como reyes robando descaradamente.

Hay personas que se han salvado de accidentes tremendos y otros que nunca tuvieron uno, ni aun practicando deportes extremos. Mientras que hay personas que, cuidándose en todo, mueren de manera absurda, cayendo de una escalera o atragantados con una espina de pescado. La mente humana no puede evaluar justicia ante estas cosas.

No se comprende la muerte de un hijo, ni una cruel enfermedad de nacimiento, ni una discapacidad. No se comprende el hambre, la guerra o una simple traición. La vida está compuesta de situaciones que no logramos comprender y lamentablemente juzgamos a Dios, desde una limitación total. Si pudiéramos ver el plano completo, como

seguramente un día lo veremos, sólo llegaríamos a una conclusión: “Dios es totalmente justo”. Esto es lo que analicé en el capítulo cuatro, al enfocarme en la soberanía divina.

Las injusticias de la vida no son las injusticias de Dios. Aprendamos del patriarca Job, que siendo un hombre justo sufrió tremendas calamidades. Job, al igual que haríamos cualquiera de nosotros, habló con sus amigos y todos sacaron alguna conclusión; sin embargo, el día que se le apareció el Señor y comenzó a hablarle, Job sólo pudo decir:

“Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; Cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía. Oye, te ruego, y hablaré; te preguntaré, y tú me enseñarás. De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, Y me arrepiento en polvo y ceniza”.

Job 42:3 al 6

La Biblia no procura explicar el porqué de todas las cosas y no oculta algunas aparentes injusticias que no comprendemos. Por ejemplo, sabemos que Eva comió una fruta y perdió todo, tanto ella, como su descendencia. Sin embargo, la mujer samaritana tuvo cinco maridos y ya juntada con un sexto, conoció a Jesús y éste, sabiendo que además era extranjera, le habló de adoración y de poner su Espíritu en ella, como una fuente de vida eterna. Es como si fuera demasiado castigo para una y demasiada gracia para la otra ¿verdad?

Abraham mintió en Egipto con respecto a su mujer, luego se acostó con la esclava generando un conflicto de intereses que ha durado hasta nuestros días, mandó a morir a su hijo Ismael al desierto y quiso degollar a su otro hijo Isaac; sin embargo, Dios lo hizo padre de la fe. Creo que había otros candidatos mejores para calificar como el padre de todos los que hemos creído por la fe.

Ananías y Safira vendieron una propiedad y dieron una muy buena ofrenda para la iglesia, hoy en día cualquier pastor estaría contento con ellos. El problema es que mintieron en el monto total de lo que dieron y por esa causa ambos cayeron muertos. Cualquiera diría que es como si Abraham fuera reconocido por lo que no fue, y este matrimonio castigado por omitir algunos detalles más precisos.

Sabemos que Cam, el hijo de Noé, obró con actitud equivocada ante su padre desnudo y quedó maldito por todas sus generaciones, sin embargo Jacob le mintió a su padre haciéndose pasar por Esaú y terminó bendito por todos sus días. Encima de eso, dice la Palabra que peleó con Dios. ¿Quién puede pelear con Dios y ser bendito?

¿Por qué la Biblia dice que el Señor amó a Jacob y a Esaú lo aborreció? Si al final Esaú era un trabajador honesto y Jacob era un embustero mimado por su madre ¿cómo alguien puede ser aborrecido antes de nacer y otro amado sin haber hecho nada por merecerlo? Además, el amado manipuló a su hermano para comprarle la primogenitura y

después lo reemplazó con un disfraz para mentirle a su padre. ¿Cómo pudo Jacob recibir tanta honra engañando a todos? Nadie negaría que Jacob cometió una evidente injusticia, por lo cual toda recompensa también lo sería.

Hay cosas que no comprendemos. Moisés, dice la Escritura, fue el hombre más manso de la tierra, sin embargo un día se enojó con verdaderos motivos, se le fue la cabeza, le pegó a una roca y después de cuarenta años de obediencia no pudo entrar a la tierra prometida. ¡Pobre Moisés! Eso le puede pasar a cualquiera ¿o no?

Nabucodonosor fue un rey pagano, perverso, violento y corrupto, que además sometió cruelmente al pueblo de Israel, y sin embargo Dios lo llamó **“*Mí siervo...*”** (**Jeremías 43:10**). Encima de eso, lo dejó exponer en primera persona unos versículos en la Santa Biblia. ¡Cualquiera diría que es injusto...! Pero no debemos apresurarnos a juzgar, porque así es la gracia.

El rey Saúl desobedeció a Dios y perdió su reino, sus hijos fueron asesinados y su nieto quedó lisiado. David fue un adúltero, el autor intelectual de un crimen pasional y Dios le da un reinado de gloria al hijo que tuvo con la mujer infiel. Permitiendo además, que a Jesús le llamen hijo de David. Todos amamos a David, y sabemos de sus virtudes, pero no hay forma de analizar sus resultados sin reconocer la gracia. ¿Quién puede ser pastor de ovejas y terminar como rey si no ha recibido el impulso de la gracia?

Sabemos que Juan el Bautista fue el mayor de los profetas, vivió lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre y siendo nada menos que la voz anunciadora del Cordero redentor terminó con la cabeza en un plato. Los apóstoles fueron martirizados y un hombre de tanta revelación como Pablo también terminó decapitado. ¡Es difícil de entender...! Si Dios te escoge desde bebé, como a Juan, si te saca de la cárcel enviando ángeles como hizo con Pedro o te salva de un naufragio mortal como hizo con Pablo, cualquiera diría en lugar de ellos: ¡Tranquilo nada nos pasará, Dios está con nosotros...!

Jesús por su parte, eligió a doce hombres para que sean sus íntimos discípulos y buscó vulgares pecadores, hombres sin preparación teológica, ignorando completamente a los doctos preparados durante tantos años en el conocimiento de las Escrituras. Pedro no lo reconoció y el Señor le hizo un milagro para que pudiera comprender ante quien estaba, los fariseos no lo reconocieron y recibieron su maldición.

Pedro era torpe y se equivocaba muchas veces en la apreciación de las circunstancias, sin embargo y sin hacer nada para merecerlo, el Señor le soltó una revelación que le valió las llaves del Reino. A muchos otros les hablaba por parábolas para que escuchando no entendieran y no se convirtieran, ni se arrepintieran de sus pecados. Sin duda, es difícil entender la gracia sin pensar que humanamente es injusta.

Nuestro problema como cristianos es que siempre nos ponemos en el lugar de los agraciados, pero que nos pasaría por la cabeza si fuéramos Esaú, si fuéramos Ismael, si fuéramos alguno de los perdedores como Judas, llamado hijo de perdición. ¿Qué pensaríamos si tuviéramos que analizar la gracia en desgracia?

Marta trabajaba con denuedo para atender en su casa a Jesús y María se tiró al piso sin hacer nada, sólo para escucharlo. Jesús increíblemente halagó a María en lugar de enviarla a trabajar como bien había hecho su hermana, y a la pobre que trabajaba la trató de afanada. ¡Cualquiera caería fácilmente en actuar como Marta tratando de honrarlo! ¿No les parece?

Luego fue al estanque de Bethesda y sanó a uno, pero al resto los dejó enfermos; fue al cementerio y resucitó sólo a Lázaro. Muchos lo invitaron a comer y él se invitó solo a la casa de un corrupto como Zaqueo. Agarró un azote de cuerda contra los cambistas, pero cuando fue llevado a la cruz no abrió su boca. ¡Dios es difícil de entender...! Uno esperaría que pudiera vengarse de sus opresores. Y estoy seguro que si hubiese sido así, lo que más disfrutaríamos de la película “La pasión” sería la venganza del Cristo resucitado. ¿O no?

El endemoniado Gadareno por su parte, no hizo nada para ir en busca de su liberación: Jesús viajó de lejos, cruzó el lago y lo liberó. Otros, seguramente, quedaron endemoniados sin recibir su asistencia, estando a sólo dos casas de su domicilio. Jesús no hizo todo, no tocó a todos, no

sanó a todos, pero lo que hizo estuvo lleno de gracia. Yo no me atrevería a agregar nada a lo que hizo y mucho menos a lo que dijo. No porque no se me ocurra qué, sino porque no me creo capaz de opinar al respecto.

Como pueden ver, no intento defender a Dios por los hechos que parecen injustos, todo lo contrario, los menciono con libertad porque Dios es el Soberano y Su gracia es verdaderamente gloriosa. Él no tiene que hacer nada, ni dar nada a nadie, e igualmente sería totalmente Justo. Sin embargo, si hace algo o da alguna cosa tampoco deja de ser totalmente Justo, porque tiene todo el derecho de hacerlo. Él es el dueño de todo, es el amo y Señor del universo.

Pablo enseñó con gran sabiduría sobre este asunto. En su carta a los romanos cuando escribió:

***“¿Qué, pues, diremos? ¿Qué hay injusticia en Dios?
En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré
misericordia del que yo tenga misericordia, y me
compadeceré del que yo me compadezca.***

***Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino
de Dios que tiene misericordia”***

Romanos 9:14 al 16

Claro que no hay ninguna injusticia en Dios. El hombre natural se rebela contra la soberanía de Dios. Si algún asunto se deja a Dios para que Él haga la elección, el hombre inmediatamente concluye que hay alguna injusticia. ¿Por qué? Porque nuestra mente finita no logra comprender la

grandeza del Señor, y si Dios se nos apareciera como a Job, seguramente terminaríamos tapándonos la boca con espanto como hizo el patriarca.

No podemos eludir el pensamiento que se nos presenta en este pasaje escrito por Pablo en su carta a los romanos. No debemos evadir el tema de la elección ni suavizarlo porque algunos se opongan a tal doctrina o los haga sentir incómodos. Además, humanamente hablando, no podemos reconciliar la elección soberana de Dios con el pretendido libre albedrío de los seres humanos.

Un hombre en tinieblas no puede elegir la luz porque no la puede ver, y si la ve ya no está en tinieblas, por lo tanto, Dios se le tiene que haber revelado primero. Si alguien está muerto en delitos y pecados, tampoco puede elegir a Dios, sólo le espera ser resucitado por gracia divina. Si una persona es esclava de las tinieblas, no puede elegir la libertad porque si lo hace no es esclavo. Si por el contrario debe ser liberado, no puede hacer nada para merecerlo. Al final ¿quién puede discutir la gracia?

Si todos los seres humanos sin excepción vamos al infierno sería totalmente justo, porque todos hemos pecado y hemos sido destituidos de la gloria del Señor (**Romanos 3:23**). Si por Su gracia, Dios nos abre un camino para salvarnos está en todo su derecho. Pero si, aun así, nadie elige tal camino, Él puede, soberanamente, escoger a los que desee y extender misericordia. ¡Él sigue siendo justo!

No podemos penetrar en los tratos misteriosos de Dios, pero sí podemos confiar que Él obrará con justicia. Debemos aceptar Romanos nueve, en su significado literal. Recordemos que éste es Su universo y Él es el Dios soberano.

Si hubiera alguien a quien no le agrada lo que Dios hace, quizá debería apartarse de Su universo para crear uno que fuera suyo, en el cual podría entonces dictar sus propias leyes, sus propias reglas, sus propias normas. Pero mientras viva en el universo de Dios, tendrá que comportarse según las reglas de Dios. El hombre, en su pequeñez, no puede sino inclinarse ante el Dios Todopoderoso para decir, como dijo Jesús en **Juan 7:18**, hablando de Dios el Padre: ***“No hay en Él injusticia”***.

Alguien ha dicho que el querer y el hacer pueden indicar la posesión de la gracia, pero no constituyen la causa que la origina. La única respuesta final es que Dios extiende Su misericordia y la extiende, porque Él es Dios y nadie podrá jamás decirle si es lo correcto.

“De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece. Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad? Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?

Romanos 9:18 al 21

Dios no tiene que presentar informe alguno a ninguna de sus criaturas, acerca de Su conducta. Dios no está obligado a agradar a los orgullosos. Es una blasfemia de pecadores ignorantes el acusar a Dios de ser injusto. Es ateísmo decir que Dios no puede hacer como Él quiere con su creación. El hombre trata de enmarcar la justicia de Dios dentro de su diminuto cuadro de análisis.

Dice cosas como: “Si Dios es justo, no puede permitir ciertas cosas y si no, Dios no existe...” “¿Si Dios es bueno por qué permite el mal? ¿Si es Soberano por qué creó al diablo?” Estas preguntas y miles del mismo estilo son las que el hombre se hace desde su limitación mental, sin embargo, como dijo Pablo: *¿quién eres tú, para que alterques con Dios? Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así?*

El razonamiento humano no tiene respuesta al dilema existencial. La respuesta sólo se encuentra en el misterio y en la majestad de la soberanía de Dios. La fe deja allí este asunto y lo acepta en una obediencia humilde. La incredulidad se rebela contra esto y permanece bajo la misma ira y juicio del Dios de quien duda y ante quien algún día deberá presentarse.

Nos faltarían varias páginas más si es que pretendemos analizar detenidamente sobre la parábola de los obreros de la undécima hora (**Mateo 20:1 al 16**), de la fiesta de bodas a la cual se invitó a cualquiera (**Mateo 22:1 al 14**), de la maldición de la higuera que no dio fruto fuera de su temporada (**Marcos 11:14 al 14**), o de la oveja perdida por

la cual el pastor dejó en el desierto a otras noventa y nueve (**Lucas 15:3 al 7**). Y sin dudas también la del hijo pródigo, que es un verdadero ícono de la gracia (**Lucas 15:11 al 32**). La Biblia está llena de misterios extraordinarios que no pueden ser analizados desde una posición humanista, pero así es la revolución de la gracia amparada por la verdad.

Por algún motivo, no se puede llegar a la revelación por desarrollo intelectual. Sólo queda para los que tenemos la dicha de ver, el adorar y alabar al Dios de los cielos, por la gracia recibida.

“Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra”

Romanos 11:6

La gracia es del Soberano, por tanto, es totalmente justa. Humanamente es incomprensible y puede ser considerada injusta por cualquier ser humano racional. No comprendemos por qué motivos Dios hace lo que hace o deja de hacer lo que quisiéramos que haga. No podemos comprender por qué permite algunas cosas pudiendo evitarlas y no genera otras que podrían ser beneficiosas.

Hace muchos años que sirvo y amo a Dios con todo mi corazón. Sin embargo, tampoco lo entiendo todo, y no trataría jamás de justificar a Dios, o explicar los motivos por los cuales hace algunas cosas y deja de hacer otras. Simplemente no tengo por qué entenderlo. Lo amo, le sirvo y Él sabe muy

bien qué hacer y cómo hacerlo. Nosotros solo debemos confiar en Él.

Yo he orado con pasión para que algún enfermo se sane y luego se me murió. Pero también he orado casi sin ganas por gente que se terminó sanando milagrosamente. Al final de todo servicio, siempre queda ubicado, expresar una sabia frase: ¡Señor tu sabes lo que haces, y nosotros aceptamos de buena gana tu voluntad!

Personalmente he predicado con gripe o con dolor de muelas, he sufrido la pérdida de seres amados, he sido engañado, criticado, despreciado, burlado y humillado... Pero ¿quién no? ¿Acaso no debería pasarme porque sirvo a Dios, porque he predicado o escrito algún libro? ¿Será que no puedo tropezarme o perder dinero o sufrir una rotura en mi vehículo? ¿Será que Dios puede ser injusto si lo permite? No hay nada más glorioso que servir al Rey Eterno, pase lo que nos pase. Poder hacerlo, ya es el gran privilegio que nos da Su gracia.

El apóstol Pablo le sirvió mucho más y sufrió mucho más que nosotros. Luego nos enseñó diciendo:

***“Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios. Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día.*”**

Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”.

2 Corintios 4:15 al 18

Pablo fue un hombre maravilloso, sobre todo porque a pesar de su elevada revelación de los diseños divinos, fue alguien que mostró su humanidad sin reparos. Él relató varias veces sus procesos de dolor, pero no renegó por ellos, al contrario, llegó a decir que se gloriaba de su debilidad y que en esa debilidad se manifestaba verdaderamente el poder de Dios.

De una manera magistral, el apóstol también hizo un recuento de su vida ministerial, en tres expresiones: ***“he peleado la buena batalla”, “he acabado la carrera” y “he guardado la fe”***. De esa manera Pablo comparó su vida, con una carrera olímpica. Para él, la carrera fue llena de obstáculos y enfrentó doctrinas de error, herejías, escasez, enfermedades, contiendas, ataques, temores y ansiedades. Pero nunca dijo que Dios fue injusto por ello, al contrario, Pablo siempre destacó la gracia.

“Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no resultó vana; antes bien he trabajado mucho más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí”

1 Corintios 15:10 LBLA

Incluso Pablo llegó a considerar que su mayor obstáculo a través de esta carrera había sido su lucha interior contra el pecado, la cual sin lugar a duda es la más acérrima lucha de cada creyente. Él se consideraba un hombre victorioso, que corrió como para ganar y que cumplió dignamente su llamado guardando la fe. Pablo bien nos enseña a ver la gracia, aun en todas aquellas situaciones en las que cualquiera podría ver simples desgracias.

“La gracia sustentadora no promete ausencia de aflicciones sino la presencia de Dios.”

Max Lucado

Si el mundo y la vida fueran justas, sólo indicaría que dejaron de estar bajo el poder de las tinieblas y ocurrirá. Un día ocurrirá. Cuando todo se haga perfecto, en la venida del Señor. Su poderoso Reino aclarará lo oscuro de nuestras mentes y veremos tal como es.

“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.

Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas”.

Apocalipsis 21:4 y 5

RECONOCIMIENTOS

Oswaldo Rebolleda:

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Rodolfo Arnedo:

Al que me inspira, me direcciona, me guía, me da revelación y me contiene. **¡Gracias Espíritu Santo!**

A mi esposa Ginesa que hace 46 años que juntos peleamos todas nuestras batallas.

A mis hijas Raquel y Natalia, mis yernos Darío y Mosisés, y mis cuatro nietos, Jaaziel, Lisette, Mateo, y Anette.

A mis consiervos y hermanos en la fe, por todo lo que me enseñaron, y me siguen enseñando aún.

Al Apóstol Osvaldo Rebolleda, compañero de milicia, maestro, pastor, y amigo personal. Agradecido y honrado de poder compartir las páginas de éste libro.



Para la realización de este libro, hemos tomado muchos versículos de la Biblia en diferentes versiones. Así como también hemos tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros escritos de referencia. Lo hacemos con libertad y no detallamos cada una de las citas, porque tenemos la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, justamente son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamamos la autoría o el derecho de nada. Este libro se podrá bajar gratuitamente en la página www.osvaldorebolleda.com y en cualquier otra plataforma que determine compartirlo. Todos lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Maestro

Oswaldo Rebolleda



El maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de
Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

Apóstol
Rodolfo Arnedo



El Apóstol Rodolfo Arnedo, es Bachiller en Teología, con 25 años de experiencia en la labor ministerial pastoral, magisterial, y apostólica. Junto a su esposa iniciaron cinco obras desde el living de una casa, y levantaron 19 matrimonios al ministerio pastoral.

Actualmente lleva sus prédicas y enseñanzas a diferentes lugares e iglesias.

Tiene un programa radial muy escuchado los días miércoles a las 10 y 30 hs en F.M. Manantial de Vida Caleta 90.5 Caleta Olivia Santa Cruz. Programa titulado:
A la luz de la Palabra.

Es esposo, padre de dos hijas y cuatro nietos.

Este libro de *Rodolfo Arnedo* y *Oswaldo Rebolleda*
También puede ser bajado gratuitamente
Desde le página **www.osvaldorebolleda.com**
Y desde cada plataforma que determine compartirlo, la idea
es bendecir a todo el pueblo de Dios.

